BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

EL ENTROMETIDO



Héroes de la PRADERA

Keith Luger

EL ENTROMETIDO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 52
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 39417-1970

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Barry Arness bebió el último trago. Apoyó los brazos en el mostrador y observó su imagen reflejada en el espejo. Tenía la cara empapada en sudor y su frente brillaba húmeda y grasienta.

Tanteó la culata del revólver y una voz preguntó a sus espaldas:

—¿Lo has pensado bien, Barry?

No miró a quien le hablaba. La pregunta le pareció un sarcasmo. Un día… otro día, otro… y así hasta ahora. Lo había pensado bien y tenía que ser más rápido que nunca, lo tenía que hacer más aprisa que cuando lo de Lionel o lo de Williams… A todos los volteó. ¡Y qué rápido hubo de ser…!

Aleteó la voz gangosa de la chica del escenario.

Brown, el que servía tras el mostrador, secaba un vaso. Peter, el tahúr, contemplaba el manojo de cartas que tenía entre sus huesudas manos.

Pero él, Barry, sabía que todos lo estaban mirando, atendiendo al menor de sus movimientos. Sintió rencor hacia ellos y les hubiera escupido. Y también habría dado un golpe al que le preguntó. Pero apretó los puños hasta hacerse daño y descargó un mazazo en el mostrador al tiempo que gritaba:

—¡Sí…! ¡Sí! ¡Lo he de matar ahora!

Bruscamente, el pianista dejó de tocar y la cantante quedó en silencio.

A Brown le resbaló el vaso que secaba y sonó un restallido de vidrios.

El silencio pesó en los oídos de Barry Arness como una losa. Él mismo se había asustado de su propia voz. Se llevó una mano a la garganta. La tenía seca, áspera como un leño. Sentía su pulso alterado tabalear contra las yemas de sus dedos. Clavó la mirada en

cada uno de aquellos que lo contemplaban, pero sólo pudo apreciar el contorno de sus rostros. Tenía la vista nublada y no estaba borracho. Sí, allí estaban todos, Brown, Padre, Betsy…, pero ninguno podía ayudarle. Nadie podía. Ni él mismo.

El péndulo del reloj de pared parecía marchar ahora más aprisa. No podía demorarlo más. Sus botas giraron las puntas hacia la puerta y, sin saber cómo, empezó a andar.

De pronto sintió una mano en el hombro que le obligó a detenerse. Sus ojos se volvieron hacia la derecha y vio un pecho y una estrella. Sonrió con una mueca. Nada podría detenerlo ya. Ni la ley.

—Apártese, *sheriff*… —dijo con voz ronca—. Esto no es cosa suya.

—Pero, Barry, tú.

—He dicho que me deje.

La ley insistió:

—Piénsalo, Barry. Yo siempre te he tenido aprecio. Sé que, a pesar de todo, podrías buscar otra solución.

—Lo tengo decidido.

—Pero…

—¡Basta!

El *sheriff* lo soltó y pasó el dorso de la mano por el mentón. Sacudió la cabeza y agregó con voz imperceptible:

—Bien, Barry. Es cuenta tuya.

Su paso se hizo más firme al reanudar el avance hacia la puerta. Los ojos de los parroquianos lo siguieron sin parpadear, pero él ya se había olvidado de todo. Iba a lo suyo. Hacia lo inevitable.

Cuando alcanzó las batientes, la voz de Betsy, la cantante, chilló por encima de las cabezas:

—¡No! ¡Por favor, Barry, no lo hagas! Tengo un mal presentimiento.

Pero Barry Arness ya no oía nada. Su mirada se perdía a lo largo de la calle polvorienta y quemada por el sol.

Fue entonces, al dar el primer paso cuando sintió un golpe en la cara y salió proyectado hacia atrás.

Las puertas del saloon cedieron tras sus espaldas y cayó dentro, a lo largo de la entrada.

Sacudió la cabeza para recuperarse y, como despertado del

sueño, vio dos botas separadas, las piernas en compás, el cinto con el revólver y, al fin, el rostro.

—Para eso he venido. Y no saldrás de aquí hasta que no te haya hecho cambiar de parecer.

Las pupilas de Barry relampaguearon. Estaba de pie.

—Ponme otra vez la mano encima y no miraré que llevamos la misma sangre.

—Vamos, Barry. Ya sabes que en nuestras peleas siempre has llevado la peor parte.

—¡Lárgate o tendrás que arrepentirte!

Peter se acercó aún más. Limpió las palmas de las manos en las perneras del pantalón y su rostro quedó a pocas pulgadas del de su hermano.

—Te aseguro, Barry, que no lo harás. Aunque tenga que molerte los huesos aquí mismo.

—Estoy decidido a todo y ahí va mi respuesta —contestó Barry, lanzando su puño.

Peter recibió el impacto en plena mandíbula y retrocedió sin tocar el suelo. Su vuelo fue interceptado por una mesa que se hizo pedazos con gran estrépito. No obstante, pudo rehacerse y saltó hacia Barry tratando de colocarle un cabezazo en el estómago.

Barry se creyó cazado bajo el peso superior de Peter y, en un esfuerzo sobrehumano, logró zafarse e incorporarse rápidamente.

Se sintió invadido por una rabia sorda y disparó un patadón a Peter que se estaba levantando. Éste saltó hacia arriba y quedó arqueado momentáneamente hasta que una nueva repercusión de los nudillos de Barry lo acabaron.

Barry se sacudió las manos y lanzó una mirada desafiante alrededor. Luego dio media vuelta y sacando el revólver examinó el cilindro.

Salió a la calle y echó a andar. Hasta sus oídos, llegó la voz de la cantante obligada a reanudar su número por una orden imperiosa entre bastidores.

La voz de Betsy se fue debilitando, sólo oía ahora su propio taconeo en la acera de madera. Golpes lentos, espaciados. Como si clavara un ataúd. El camino le parecía, interminable y el ruido de sus pasos le martilleaba en las sienes atormentándolo.

Oía murmullos de conversación, pero éstos se apagaban a

medida que avanzaba. Cientos de ojos le taladraban las espaldas. Adivinaba cabezas furtivas que iban apareciendo en las puertas de los establecimientos y en las ventanas. Dedos que señalaban.

Avivó más el paso, hubiera querido correr, pero le pareció que le faltaban las fuerzas. Se pasó la lengua por los labios resecos. Creyó que no podría llegar. Un temblor empezó a recorrerle las piernas. Llevaba las manos colgando y levantó la derecha hacia la funda para cerciorarse de que el arma continuaba allí.

La casa apareció a lo lejos.

Intentó tragar un nudo que tenía en la garganta, pero no lo consiguió. Algo extraño, desconocido para él, pareció revolverse en su estómago. Era el miedo. Lo sabía, aunque nunca lo había sentido. Le pareció que le ascendía por el cuello hasta la cabeza, allí daba un estallido y luego se revolvía en un escalofrío a lo largo del espinazo.

¿Qué había hecho él para verse así? ¿Por qué no continuaban las cosas como en los buenos tiempos?

Allí estaba la casa… y él dentro. Esperando.

Trató de recordar a Betsy y sus canciones. Su pensamiento quiso hacer una escapada hacia atrás. Vio otra vez California, los arroyos verdes y truchas como carneros… Vio a Steve y Carner cantando y dándose puñetazos amistosos… Vio el día que quedó mejor que nadie en el rodeo, allá en Kansas… De pronto se acordó de él y volvió a la realidad.

Se dio cuenta de que acababa de llegar a la puerta de la casa.

Su diestra fue hasta la culata del revólver y tiró bruscamente.

Atravesó varios apartamentos y llegó a la puerta posterior.

Con la mano libre abrió poco a poco la puerta hasta que vio su caballo en el fondo, casi confundido con la oscuridad.

Fue levantando cuidadosamente el cañón del arma hasta graduar el punto de mira. Apuntó a la cabeza.

Transcurrieron cinco segundos. El dedo de Barry se curvó lentamente en el gatillo.

Y entonces su víctima, el solípedo enfermo, lo miró con ojos vidriosos.

CAPÍTULO II

Sonó un estampido, pero en ese instante algo golpeó contra el brazo de Barry y el proyectil pasó por encima de la cabeza del animal.

Barry se volvió hacia quien le había desviado el revólver.

Era un joven de unos veintiocho años y aventajada estatura. Iba bien vestido y se tocaba con un sombrero «Stetson». Su rostro parecía esculpido en bronce y era de facciones regulares y ojos muy negros y brillantes. Barry apuntó al desconocido y le increpó:

—¿Qué demonios hace usted en mi casa?

—Acabo de entrar tras de usted y creo que puedo ayudarle. Me llamo David Rogers y entiendo de caballos.

—Yo también —replicó Barry, desdeñoso—. Le hubiera sido mejor que siguiera su camino sin meter las narices donde no le llaman.

—Insisto en que debe escucharme. ¿Por qué no guarda ese revólver?

Barry rumió la pregunta. Al fin y al cabo, aquel tipo era un forastero y lo había encontrado dentro de la casa. No podía saber si el joven estaba allí cuando él llegó, o acababa de entrar. ¿Continuarían en el mismo sitio los doscientos dólares que había sacado de la última venta? Miró al desconocido, pero no le pareció de mala catadura. Trasladó la mirada hasta el armario de la pared y todo pareció en orden. Pero ¿y si no le había dado tiempo a tocar nada? Esta última idea le hizo desconfiar.

—No tenga tanta prisa por el revólver. ¿Qué está buscando aquí?

—Ya le he dicho que entiendo de caballos. Me gustaría echar un vistazo al suyo antes de que lo mate.

—Bien. Ahí lo tiene. Pero le aseguro que está perdiendo el tiempo, si es cierto que lo que le interesa es el caballo. Está para morirse y es preferible que lo liquide para evitarle sufrimientos.

Rogers volvió la espalda al revólver y se dirigió al fondo de la cuadra.

Examinó al animal durante unos instantes y luego extrajo de una cartera unos polvos y un frasco oblongo con un líquido amarillento.

Aquellas manipulaciones tranquilizaron a Barry, que enfundó el arma y replicó:

—Tiene la peste que está atacando a todas las reses en estos tiempos. Los caballos sufren más y yo sentía de veras que «Rojo» tuviera que pasar este infierno. Los dos hemos corrido mucho. Nos lo regaló el viejo a mi hermano y a mí. Lo hemos tratado siempre como a un crío.

—¿Cuánto tiempo lleva con la enfermedad? —preguntó Rogers introduciendo parte del líquido en la oreja del animal.

—Un mes. Desde entonces está pateando. No podía hacer nada por él, señor Rogers. Todos mueren rabiando.

—Se curará —aseguró Rogers palmeando al caballo y poniéndose en pie.

Barry parpadeó confuso.

—¿Usted cree?

Rogers se ajustó el sombrero y se dispuso a salir.

—«Rojo» tenía dolor en el oído. Ahí es donde se manifiesta la enfermedad —y alargándole el frasco, añadió—: Siga poniéndole el líquido hasta que yo le de una vacuna.

Barry estaba con la boca abierta. «Rojo» se había incorporado sobre sus cuatro patas y bebía agua. Soltó una alegre exclamación y se lanzó sobre el noble bruto pasándole entusiasmado la mano por el lomo.

Cuando se volvió hacia David Rogers, éste se había marchado.

Diez minutos más tarde, David Rogers se hallaba frente al secretario de la Asociación Ganadera, Tyrone Robertson.

—Debo agradecerle, en nombre de la Asociación, su venida sin demora —dijo el secretario—. La situación ganadera se agrava por momentos.

Rogers señaló un sobre que tenía al lado.

—Desearía que me ampliara algunos datos de los que me

anticipó en su carta.

Robertson, a su vez, estudió unos papeles extraídos de una carpeta y fue informando:

—La Asociación vio la necesidad de solicitar los servicios de una persona especializada cuando las primeras reses cayeron. Algunos, como John Nelson, Dale Wagner y pocos más que no se veían afectados, quisieron esperar. Hace cosa de seis meses, la peste se recrudeció y empezó a cundir el pánico entre los ganaderos. Hubo quien vio reducido el número de sus reses a la mitad. Ahí no acaba todo. Los mejores mercados de Texas y nuevo México disminuyeron sus ofertas, pues tenían miedo de que la peste fuera transportada allá. Aún, más, el consumidor tuvo noticias de lo que sucedía en Bronter y sintió escrúpulos, hasta tal punto que el consumo de carne en general se vio mermado de modo alarmante, lo que obligó a otros mercados a impedir la entrada de nuestro ganado.

—Eso significa que la producción en esta región está bloqueada, ¿no es así?

—No, exactamente —aclaró Robertson—. Aunque algunos mercados, fundados en leyes sanitarias han rechazado nuestras reses, no obstante, se pueden colocar en otros. Dos de los socios ganaderos, Nelson y Channing, tuvieron la suerte de lograr antes de que apareciese la epidemia algunas cabezas de cierta raza mexicana que resiste la peste. Este ganado ha tenido un tanto por ciento bastante bajo de animales enfermos. De este modo hemos podido expedir a algunos puntos un poco de lo que nos quedaba. Nelson y Channing ayudan con algunas cabezas para sostener las letras y no perder todo el prestigio —el secretario hizo una pausa y continuó—: Se han puesto en práctica todos los remedios conocidos y no han dado resultado. La Asociación Ganadera en la última reunión tomó el acuerdo de llamar a un veterinario para que estudiara la enfermedad. Tenemos entendido que esta clase de epidemia cede a veces con una vacuna adecuada.

«Aunque tuvimos algunos votos en contra, se tomó la decisión de consultar al grupo de veterinarios de Kansas City, los cuales nos han enviado a usted. Y ahora, señor Rogers, ¿cree que podrá lograr esa vacuna?».

—Haré todo lo posible para conseguirla en un breve plazo.

—La Asociación está a la disposición de usted para facilitarle

cuantos datos necesite para su labor —dijo Robertson.

Rogers preguntó:

—¿Hace mucho que empezó la epidemia?

—Cosa de un año —aclaró el secretario—. Se manifestó en el rancho de Dale Wagner y casi al mismo tiempo apareció en otros puntos.

—¿Qué aspecto presentan los animales? —El veterinario abrió una libreta de apuntes y se dispuso a tomar notas.

—Primero dejan de comer y se resisten a moverse del suelo. Pasan unos días y finalmente se inquietan. Los astados rompen las vallas y se atacan unos a otros.

—¿Hay algunas otras especies atacadas?

—Sí. Los caballos y los corderos, pero aquí las bajas no son tan considerables.

Rogers se informó de algunos datos más que fue registrando en su carnet de notas. Finalmente dijo:

—Tendré que ver esas reses y las condiciones higiénicas de los ranchos. ¿Podríamos recorrerlos esta tarde?

El secretario carraspeó con cierto embarazo.

—Lo malo del caso es que hay algunos rancheros que no darán facilidades para ello.

Rogers frunció el ceño sin acabar de comprender.

—¿Cómo se explica eso, señor Robertson? ¿Es que no quieren acabar con la epidemia?

Robertson se aclaró la garganta.

—Verá, señor Rogers. Ya le dije que hubo unos votos en contra. Tal vez he omitido que dos veterinarios vinieron uno tras otro, en el espacio de seis meses, sin que pudiesen arreglar nada.

—No sabía nada de eso.

—Pues éste es el caso, señor Rogers, que después que partieron, dio la casualidad de que algunos mercados nos cerraron las puertas y en otras zonas sabían lo que pasaba aquí mejor que nosotros mismos.

Rogers guardó silencio tras las últimas palabras del secretario. Al fin dijo:

—Es necesario que inspeccione estos ranchos antes de preparar la vacuna. Necesito muestras de sangre de cada ganado en distintas condiciones de vida.

—Estoy de su parte. Y creo que sabe usted lo que se lleva entre manos. Pero es posible que tenga dificultades si quiere introducirse en los ranchos de los que votaron en contra.

—¿Puede decirme quiénes son?

El secretario pareció dudar unos momentos, pero dijo al fin:

—No estoy autorizado para revelar los detalles de las reuniones, ya que éstas tienen carácter privado, pero como de todos modos se enterará usted cuando intente llevar a cabo esa inspección, le diré los nombres.

El secretario pasó una mano por la barbilla y agregó:

—En realidad, los que más se opusieron fueron John Nelson y James Channing. Dale Wagner no dijo nada, pero resultó que aquella noche presidía y quería ser neutral. En cambio, su hija Diana se unió a Nelson y Channing y gritó bastante. He de recordarle que Nelson y Channing son los que han ayudado más en esta crisis con las cabezas de raza mexicana. Por ahora son los más poderosos en número de reses por no haber sido tan afectados. Dale Wagner ha tenido mala suerte, pero sus rebaños eran muy grandes y aún posee un buen lote de ganado.

—Intentaré ponerme de acuerdo con ellos y veré esa raza mexicana.

El secretario sonrió.

—Le deseo buena suerte en su cometido, señor Rogers. Espero que pueda llegar a convencerlos.

Ambos hombres se pusieron en pie dando por terminada la entrevista. Rogers estrechó la mano del secretario y salió tras informarse dónde estaba el rancho de Dale Wagner.

Media hora más tarde llegaba a su destino.

Vio a un hombre que tras una empalizada amontonaba forraje y preguntó:

—¿Puedo ver al señor Wagner?

El hombre se echó el sombrero atrás para ver quién le interrogaba y contestó:

—Ha ido al Banco; pero no creo que tarde en regresar. Puede pasar y esperarlo si quiere.

Rogers fue hasta el extremo de la empalizada y entró a la vez que decía:

—Me gustaría echar un vistazo a las reses, entretanto.

El empleado volvió a su trabajo y Rogers dio la vuelta a un pabellón llegando hasta un espacio abierto.

En el centro había un grupo de hombres que escuchaban a una joven montada a caballo.

Tendría unos veinte años. Su cabello era negro lo mismo que los ojos, la cintura estrecha y el busto erguido y firme. Iba vestida como un hombre.

—Ya lo habéis oído, muchachos —decía en aquel momento—. En cuanto aparezca el matarife lo ponéis de patitas en la calle, y si se pone tonto le dais unos cuantos puntapiés, y lo tiráis por encima de la valla.

Uno de los muchachos levantó una mano.

—¿Qué quieres tú, Vancey? —inquirió la bella muchacha.

—No estaría de más que nos dijera qué aspecto tiene el tipo —dijo Vancey—. Recuerde que la última vez que nos dio una orden parecida acerca del que recauda por proteger al ganado, le pegamos de firme y luego resulto, ser el nuevo juez.

Hubo un coro de carcajadas y los ojos de la joven chispearon de furia.

—A callarse todos —miro a Vancey—. Metete bien en ese pedrusco que tienes bajo el sombrero que todavía no lo conozco. Por lo tanto, debéis ser cautos antes de hacer nada. Supongo que será un carcamal con gafas como aquellos dos que vinieron a enredar por aquí hace unos meses. Todos están cortados por el mismo patrón. Pero como probablemente vendrá preguntando acerca de la peste y todo lo relacionado con eso, le vais dando cuerda y en cuanto estéis seguros, ¡zas…!

Otro de los hombres volvió a tomar la palabra.

—¿Qué dirá de eso el señor Wagner?

La joven se revolvió nerviosa en la montura.

—¿Es menester que vuelva a repetiros que no ha de enterarse mi padre? Él está de acuerdo con la decisión de la Asociación Ganadera, pero yo no. Ya sabéis de sobra que nos hemos visto en dificultades a causa de aquellos dos mata gatos. Papá no lo quiere comprender; pero nosotros hemos de evitar a todo trance que nos pongan impedimentos para vender el poco ganado que nos queda.

Un pelirrojo de cara torcida intervino con voz adusta:

—¿Sabe lo que pienso, señorita Wagner? Que tengo ganas de

que aparezca ese veterinario para dispararle en los tacones y hacerle bailar hasta las afueras del pueblo.

Diana Wagner sonrió mostrando una dentadura blanca y bien alineada.

—Bravo, Spencer. Ya sé que eres un valiente y que le darás su merecido. Confío en que tu puntería será lo suficientemente buena para que le extirpes los callos.

Varias risotadas sonaron en el patio. Otro de los *cowboys*, con cara de buitre, animado por el éxito de su compañero, repuso:

—¿Y por qué no utilizamos el truco de untarlo de miel y arrojarlo contra las colmenas?

La chica le dedicó una mueca de desagrado.

—Tú eres siempre el mismo, Hobbey. A veces me dan ganas de hacer eso contigo, pero creo que las abejas no llegarían a taladrar la mugre que te cubre.

Otra carcajada general acompañó las palabras de Diana. Luego la hermosa joven agregó:

—Nada de ensañarse. Me conformo con que le hagáis salir de aquí a uña de caballo. Es lástima que tenga que marcharme ahora y no esté cuando él venga.

De pronto, una voz dijo:

—Aquí me tiene, señorita Wagner.

Todas las cabezas giraron hacia el punto desde donde provenía la interrupción.

David Rogers se acercó lentamente al grupo. Diana quedó rígida sobre el caballo y, observando al desconocido, se dio cuenta del chaleco bordado, el sombrero flexible, los zapatos nuevos y… lo distante que estaba de un carcamal con gafas.

—Celebro haber llegado a tiempo para que pueda dirigir la fiesta que piensa dedicarme —empezó a hablar Rogers—. Hubiera sido una lástima que tan linda anfitriona no se quedara a contemplar los pedazos de su víctima.

Diana cobró movimiento sobre su caballo y, tirando de las riendas, se abrió paso a través de los *cowboys*.

—Se cree un gracioso, ¿verdad? Pues espere a que los muchachos lo vapuleen y veremos dónde queda su buen humor.

—¿Puedo hablar antes de que lance su jauría contra mí?

—¿Es que piensa resistirse? —preguntó Diana perdiendo la

paciencia.

—No, pero antes me gustaría ser escuchado.

—No vende nada que nos pueda interesar. Ustedes los lechuguinos de la ciudad sólo tienen palabras cuando se ven el toro encima.

Rogers la miró fijamente.

—Es una pena que haya perdido el último curso del colegio.

Diana se retorció en la silla hecha un basilisco.

—¡Miren al presuntuoso! ¿Qué se habrá figurado? —Miró a Rogers—. ¡Mantenga quieta la lengua o de lo contrario va a tener que arrepentirse! ¡No tolero que nadie me hable de ese modo!

El pelirrojo de la cara torcida, intervino:

—Deje que le arregle la figura, patrona.

Diana lo retuvo con un gesto.

—Gracias por salvarme la vida —replicó Rogers irónico.

—De nada. Y ahora lárguese antes de que tenga que regresar en una camilla. No sé cómo he podido aguantar tanto. Cierre la boca, porque corre tanto peligro su dentadura como su levita.

—¿Me permite una última pregunta?

—Suéltela.

—¿Por qué se oponen a la inspección del veterinario, usted y otros ganaderos como Channing y Nelson?

Diana lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sabe todo eso, ¿eh?

—Es poco, pero me gustaría enterarme bien. No es lógica su posición ni la de esos caballeros.

—De acuerdo, entrometido sana perros. Se lo diré en cuatro palabras: antes que usted vinieron, otros dos tipos pretendiendo encontrar la vacuna para la peste. ¿Y sabe lo que pasó? Que el primero estuvo comiendo y bebiendo a cuenta de la Asociación y no consiguió nada. Enviaron a otro y éste no comía, sólo bebía. Estaba siempre borracho. Lo único que pudo lograr, además de empinar el codo a su gusto, es que se murieran más reses que antes.

—Nadie puede culparlos de su mala suerte —murmuró David.

—¡Eso fue lo que trajeron sobre nosotros aquel par de avechuchos! Mala suerte. Pero ¿por qué nos jugaron una sucia partida al llegar a Kansas City? Extendieron por allí que nuestras reses estaban infectadas y que cualquier lote de los nuestros, por

sano que estuviera, debía ser rechazado. ¿Qué le parece, veterinario?

—Creo que no fueron del todo justos en su informe.

—Desde luego. Y no vamos a dar ocasión a nadie para que nos la vuelva a pegar. Al menos, en este rancho y en el de Nelson Channing.

Se oyeron gruñidos y murmullos de aprobación en torno a Diana y algunos hombres miraron ominosamente a Rogers acercándosele.

—Un momento —dijo éste—. Usted, señorita Wagner, olvida que la mayoría de los ganaderos ha votado en favor de la ciencia y que ustedes sólo son una minoría.

Diana rió sonoramente.

—No conoce usted mi plan, señor sabihondo. Yo me ocuparé de sacar de las cabezas de esos estúpidos la condenada idea de recurrir a un sana perros de la ciudad. Hasta ahora nos hemos arreglado sin usted y continuaremos haciéndolo.

Las palabras de la joven fueron celebradas con voces de asentimiento.

—Muy bien —dijo Rogers—. Yo haré otra campaña en contra de su actitud y veremos quién gana. Tengo la seguridad de que encontraré gente más sensata en el resto de la comunidad.

El pelirrojo suplicó a Diana:

—Déjemelo un poco, patrona. Se lo voy a traer convertido en pasta.

—Atorníllate el pico —rezongó la joven—. Esto es cosa mía —y dirigiéndose a David añadió—: No podrá convencer a nadie a menos que detenga la epidemia. Si es capaz de eso, hágalo, pero sin meter las narices donde no lo llaman. Enciérrese en su laboratorio, y cuando tenga una vacuna eficiente, creeremos en su estúpida ciencia.

Rogers vio que algunos *cowboys* de aspecto poco tranquilizador iban avanzando hacia él, pero no se movió de su sitio. Entonces se dirigió a todos en general y dijo:

—Cualquiera de ustedes sabe los efectos devastadores de esta epidemia y la desgraciada influencia que ha tenido en el prestigio ganadero y, por lo tanto, en la economía de este pueblo. Creo que no es momento de recordar los fracasos de los que vinieron en nombre de la ciencia ni tampoco de su mala fe. Las circunstancias

nos imponen la prueba de un remedio tras otro hasta que alcancemos el éxito. No se puede dejar en manos del azar, es decir, en manos de personas incapaces lo que constituye el pan de cada día de todos ustedes. Pero donde haya una oportunidad es necesario aprovecharse de ella. Nadie debe oponerse a quien ofrece esperanzas de acabar con lo que amenaza los intereses de todos. Ustedes saben que deben sus jornales a las reses que cuidan con afán y esto es elogiable. La subsistencia de ustedes depende en gran parte de ellas, pero ¿qué pasará cuando no quede ninguna y la riqueza de Bronter se acabe? Se verán obligados a dejar estas tierras y la falta de trabajo será la nueva peste. En estos momentos, en muchos hogares ya se ha acortado la ración de pan y se seguirá reduciendo hasta que tengan que comer mendrugos. La epidemia seguirá disminuyendo el ganado y no se detendrá hasta que convierta estos lugares en un campo de esqueletos de vacas.

—¿Ha terminado su hueca palabrería? —gritó Diana enfurecida —. Le advierto que me estoy aburriendo.

—Tengo ya poco que decir —siguió David—. Para que pueda llevar a cabo mi labor necesito toda clase de facilidades. Debo obtener muestras de sangre de los distintos animales y ver en qué condiciones sanitarias se encuentran. Necesito el acceso a todos los corrales sin impedimentos de ninguna clase. Ninguna mentalidad se debe oponer a que un representante de la ciencia, defienda lo que constituye el sustento de todos ustedes.

Algunos bajaron la vista al suelo como si consideraran las palabras del joven veterinario, y otros parecían haber perdido su agresividad, excepto Diana, que exclamó:

—¡Deje ese sermón, deslenguado! Ya que tiene la cacerola tan despejada, ¿por qué no cura algunas de las reses ahora y así lo creeremos? ¿Sabe lo que pienso de usted? Que es un estirado curandero de esos perros falderos que pasean las damas empingorotadas de la ciudad.

El pelirrojo gritó a su vez:

—¡La patrona tiene razón, muchachos! Apuesto a que el tipo no sabe distinguir un carnero de una ternera.

Cuatro de los hombres se pusieron de parte del pelirrojo Spencer.

—Volveré cuando regrese su padre, señorita Wagner —dijo

Rogers—. Estoy seguro de que comprenderá mi punto de vista y hasta es posible que le sugiera la mande otra vez al colegio.

—¡Ciérrale la boca, Spencer! —chilló Diana fuera de sí.

El del pelo pimentón sonrió halagado y se movió hacia Rogers bamboleándose de un lado a otro con los brazos arqueados. No mediría más de un metro sesenta, pero Rogers calculó que pesaría más de cien kilos.

Cuando estuvo David a su alcance. Spencer hizo un amago con la izquierda, pero el veterinario no cayó en el engaño y aprovechó el descubierto para sacudirle un puñetazo demoledor entre los ojos.

Spencer miró un punto fijo en el espacio y tras hacer una extraña mueca se derrumbó como un muñeco.

Sólo se oyó a lo lejos el mugir de una res.

Rogers contempló con precaución a los más próximos *cowboys*, pero ninguno osó moverse. Hubo, empero, uno, pero su compañero le cruzó un brazo ante el pecho y lo contuvo. Rogers sabía que algunos estaban de su parte.

Diana Wagner, sin poderse contener, hizo dar un salto a su montura, que quedó por un momento sobre las dos patas traseras y llegó hasta el veterinario.

Sacó el látigo del costado de la silla de montar y lo enarboló por encima de la cabeza. Rogers sabía lo que iba a pasar, pero no se movió una sola pulgada.

CAPÍTULO III

De pronto, se oyó una voz grave con tono autoritario:

—¡Basta, Diana!

La joven detuvo el brazo y la correa cayó desmayadamente.

Un hombre de unos cincuenta años, alto, con el pelo encanecido y mirada penetrante, avanzaba a paso ligero.

Cuando estuvo lo suficiente cerca para hablar sin esforzarse, dijo a Diana con suavidad:

—Lo he visto todo. Creo que el señor Rogers no está, muy equivocado —hizo una pausa—. Sobre todo, en lo que habló del colegio.

Diana se humedeció los labios y tiró nerviosamente de las bridas.

—¿No tienes nada más que decirme, papá?

—Ya hablaremos luego, hija.

—Entonces permíteme que me marche ahora —dirigió una mirada a Rogers—. La presencia de algunas personas me es intolerable.

Dale Wagner hizo un movimiento de cabeza y la joven espoleó el caballo.

El grupo de *cowboys* se dispersó rápidamente.

—Sígame, señor Rogers —invitó el ganadero encaminándose hacia la casa.

David se adelantó hasta ponerse junto a Wagner.

Entraron en un salón y Wagner ofreció un asiento.

—Lamento que Diana se haya metido con usted —se excusó—. Le ruego que dispense su carácter impulsivo.

—No tiene importancia —murmuró Rogers.

El ganadero encendió una pipa y empezó a dar chupadas lentas.

—Acabo de hablar con Robertson, el secretario —dijo—. Me ha puesto al corriente de lo que han tratado. Parece que le ha causado una buena impresión. Yo por mi parte soy de su mismo parecer.

—Gracias —dijo Rogers.

Wagner examinó si la pipa había prendido bien.

—Tenía el presentimiento de que la primera visita que haría sería a mi casa. Por eso me he dado prisa en llegar.

—Pensé que su rancho sería menos reacio al veterinario.

Wagner sonrió.

—No le hubiera ido mejor con Nelson y Channing.

—¿Quién es Nelson?

El ganadero soltó una espesa bocanada de humo.

—Llegó por aquí hace unos cinco años. Tenía bastante dinero para establecerse y compró unos acres de terreno con algo de ganado. Aquello no le fue mal y poco después había ampliado su hacienda el doble.

—¿Era conocido antes de llegar?

—No. A mí me dijo que venía de la costa occidental, de Florida, y que se había ocupado en no sé qué líos de plantaciones.

—¿Por qué se opone a la decisión de la Asociación Ganadera?

Wagner se pellizcó la barbilla con el ceño fruncido.

—No es que ponga el grito en el cielo. Lo que pasa es que cree que el ganado de estos lugares está un poco degenerado y convendría intentar nuevos cruces. Aparte, claro está, de que achaca a aquellos colegas suyos la demora en tomar las cosas en serio. Él tiene la opinión de que con los viejos métodos empleados a fondo se hubiera podido atajar la peste.

—¿Tiene Nelson alguna relación comercial con usted?

El ganadero parpadeó unos instantes.

—Sí, John me ha sacado de algún apuro cuando me faltaban algunos animales para completar un lote. En realidad, él ha evitado mi ruina completa pasándome algunos de sus ejemplares mexicanos —Wagner se rascó el cogote y prosiguió—: Aunque a él le interesa que el mío no se hunda. Algún día pasará a manos de él.

—¿Cómo se explica?

—John Nelson es el prometido de mi hija.

Rogers arrugó el entrecejo.

—Comprendo.

—Ahora se explicará por qué son del mismo parecer en lo que se refiere a usted…

—Lo que me parece extraño es que usted no esté de parte de ellos —comentó Rogers.

El ganadero adoptó una postura más cómoda en su asiento y dejó su mirada perderse por la habitación.

—Tengo opiniones propias, ¿sabe? Nelson me ha propuesto varias veces unir nuestros ranchos y nunca he querido.

—Tal vez hubiera salido ganando —comentó Rogers.

—No me gusta su socio.

—¿Channing?

—Sí.

—Hábleme de él.

—Lleva los revólveres muy bajos —dijo Wagner—. Un día se dejó caer por estos parajes en compañía de cinco individuos. Poco después pasó a formar sociedad con Nelson. A veces he pensado que intimidó a Nelson de alguna manera para obligarle a partir el negocio.

—¿Qué parte lleva a su cargo?

—Channing se ocupa del personal y es una especie de capataz. Él es quien se dedica a perseguir a los cuatreros si aparecen o a darle puñetazos al cliente que se demora en los pagos. Nelson, en cambio, va por la crema del negocio. Solicita créditos, hace proyectos, y viaja frecuentemente para ponerse en contacto con los grandes de otros mercados —Wagner hizo una pausa.

—¿Alguien más en contra mía? —inquirió Rogers.

—Los hermanos Arness, pero uno de ellos, Barry, ha salvado su caballo favorito gracias a usted y va diciendo por ahí que es un santo.

—Es una mejoría pasajera —informó Rogers—. También necesita la vacuna.

El ganadero arrugó la frente, pensativo.

—Ha de obtenerla pronto, Rogers. Si fracasara usted, también adivino que se le vendría un buen lío encima. Aunque su permanencia se debe a una decisión casi unánime de la Asociación, hay muchos escépticos. Comprenda, gente que está esperando alguna víctima propiciatoria para achacarle todas las desgracias.

—Vamos a echar un vistazo a las reses.

Recorrieron los distintos corrales del rancho y Rogers se enteró de todos los pormenores referentes al curso de la epidemia. Obtuvo algunas muestras de sangre y procedió a aplicar los primeros remedios a las bestias afectadas.

Cuando hubo terminado su trabajo, fue acompañado hasta la puerta por el propietario de la hacienda que le estrechó la mano, diciendo:

—¿Cuál es su próximo paso, Rogers?

—Ahora voy a quitarme el polvo del viaje y luego empezaré a enfrentarme con lo peor…

—Le deseo buena suerte.

CAPÍTULO IV

David Rogers estaba en mangas de camisa frente al espejo dando los últimos toques a su corbata de lazo.

Llamaron a la puerta y una voz aclaró desde fuera:

—Soy Orsini, el gerente.

—Está bien. Pase.

Lo vio en el espejo, junto a la puerta. Era un hombre delgado con un minúsculo bigote. Andaba casi a saltitos y llevaba en la diestra un papel.

Carraspeó con cierta ceremonia y anunció:

—Señor Rogers… la cuenta.

David se volvió hasta verlo directamente. En su frente se había dibujado una arruga de extrañeza.

—¿La cuenta? —dijo sin comprender—. No se la he pedido, Orsini.

El gerente logró sonreír combinando varias muecas de azoramiento.

—El hotel La Tortuga siempre procura anticiparse a los deseos de sus clientes. Hemos creído que el señor desearía la cuenta de gastos antes de… marcharse.

Rogers lo miró de frente.

—No pienso marcharme por ahora —y con otro tono de voz agregó—: ¿Qué le pasa, Orsini? Parece que haya visto un fantasma.

Orsini hizo un par de esfuerzos para tragar saliva y cuando lo consiguió dijo:

—Han preguntado por usted.

—¿Quién?

—Toddy y Lake.

Rogers trató de leer los pensamientos del gerente. Al fin dijo:

—Bueno. ¿Y qué tienen que ver esos señores con mi cuenta? Vamos, Orsini, dígame de una vez quiénes son Toddy y Lake, y qué lío es éste. ¿Qué quieren?

Orsini alzó las cejas con asombro.

—¿No le han hablado de ellos? Es de lo primero que previenen a los forasteros.

—¿Qué hay de esa pareja de ases? —interrogó Rogers con fatiga.

—Yo diría más bien que valen por un póquer de demonios… y el señor perdone mi expresión.

—Bueno, ¿quiere soltarlo?

—Nunca se les enfría el revólver.

—¿Qué más?

—¿Más? —tartamudeó—. Cuando maldigo a alguien le digo: «Ojalá pregunten por ti Toddy y Lake».

—Hágalos subir —ordenó Rogers.

—Se han marchado. Les dije que usted estaba acostado.

Rogers estudió el rostro del tembloroso gerente del hotel.

—¿Qué ha bebido, Orsini?

—¡Le juro que es verdad! Nunca bebo… tan temprano.

—Entonces la cena le ha sentado como el infierno.

Rogers siguió vistiéndose y el gerente empezó a danzar nerviosamente a su alrededor.

—Volverán, señor Rogers, volverán. Sería una medida muy acertada que abandonara ahora mismo Bronter City.

—Ya hablaremos cuando vuelvan —abrió la puerta—. Y ahora váyase y tome un buen trago. Tal vez así Toddy y Lake desaparezcan.

De pronto el cristal de la ventana se rompió y un objeto pesado pasó a unas pulgadas de Orsini, golpeando la puerta.

Era una piedra, pero los ojos del gerente la miraron como si se tratase de un cartucho de dinamita cuya mecha estaba tocando a su fin.

—Ya le dije que volverían.

Rogers se adelantó hacia la ventana y se situó cerca del revólver que colgaba con el cinturón en uno de los barrotes de la cama.

Abajo había dos individuos que fueron ensanchando sus sonrisas a medida que Rogers se hacía más visible.

Llevaban chalecos negros y un par de revólveres cada uno.

Estaban apoyados en las columnas de madera que sostenían la marquesina del hotel.

El de la derecha era pesado, y su pecho se combaba como un barril de cerveza. Brillaban en su cara aplastada un par de ojillos casi juntos y su nariz parecía deformada por antiguos golpes.

El otro era delgado y enseñaba al sonreír los dientes irregulares, de color marrón. Fue el primero en hablar tras quitarse el sombrero.

—Buenos días, señor Rogers. Estamos esperando para darle la bienvenida.

—Muchas gracias, caballeros —replicó Rogers sonriendo también—. ¿Son ustedes del Ayuntamiento?

—¡Oh, no! Sólo somos una humilde representación de Bronter City. Creemos interpretar los deseos del vecindario y lo queremos… agasajar.

—Me siento muy honrado, caballeros.

—Le anticipamos que el festejo va a ser muy agradable.

—Y, ¿dónde se va a celebrar? —se interesó Rogers.

El del pecho fuerte contestó:

—Nosotros mismos lo acompañaremos. Será un honor para nosotros escoltar a tan lindo huésped.

David Rogers observó entretanto una repentina disminución de ir y venir de la gente.

Parecía como si de pronto todos hubieran sentido la necesidad de entrar a beber en los saloons o a curiosear por una calle transversal y un jinete que se acercaba por la calzada tiró de las riendas y dio media vuelta.

—Dese prisa, señor Rogers —dijo el primero que había hablado.

Rogers oyó a sus espaldas la voz insegura de Orsini:

—¡No baje, señor Rogers! Son dos perros de presa ¡Y están hambrientos!

—Cálmese, Orsini —dijo David sin volverse—. No ocurre nada.

—¡Pero ocurrirá! —La voz del gerente era un gemido—. ¡Por favor, señor! ¡No vaya con ellos!

—Vamos, vamos, cállese. Está nervioso. Eso es lo que le pasa.

—¿Tardará en bajar? —Ahora le gritaron más fuerte. Era el del cuerpo pesado. Añadió—: Hemos de puntualizar algunos detalles de la fiesta.

La voz de Orsini se volvió a oír, pero en esta ocasión las palabras

le brotaban como si temiera atragantarse:

—Déjelos, señor Rogers. Abajo tengo una puerta de escape. Nadie lo sabe. Una salida para cosas de urgencia. Hay también un caballo que si le clava bien los hierros sabrá portarse como es debido. Antes de una hora estará en Culmy, el pueblo más próximo. Ya le enviaré allí su equipaje. No lo piense más, señor Rogers. Salga antes de que sea demasiado tarde. Si no se da prisa subirán aquí… ¡Ah, no quiero ni pensarlo!

El alto pareció adivinar lo que decía Orsini ya que, casi al mismo tiempo, se brindó amablemente:

—¿Quiere que subamos a buscarlo?

Rogers les prestó atención de nuevo.

—No se molesten, señores —siguió sonriendo—. Tardaré exactamente el tiempo que requieran los últimos toques de mi indumentaria.

Toddy y Lake hicieron una breve y ceremoniosa reverencia.

David hizo caso omiso de Orsini y, lentamente, acabó de vestirse. Se cubrió con el sombrero y entonces el gerente salió.

Tardó unos tres minutos en acabar de poner todo en orden. Finalmente descolgó el cinturón con el revólver y se lo colocó con todo cuidado.

Comprobó si el arma salía con facilidad de su funda y la examinó haciendo rodar el cilindro de su eje.

Salió al corredor cerrando tras de sí la puerta de la habitación y éste dio un par de tirones de la levita para acoplársela bien.

Bajó la escalera.

En el vestíbulo del hotel se detuvo a contemplar a Orsini que en aquel momento se estaba colocando en los oídos unas bolitas de algodón en rama. Trataba de que sus orejas quedaran rellenas lo más posible. Al descubrir a Rogers, su rostro se demudó aún más y dijo con un hilo de voz:

—No… puedo soportar ciertos ruidos…

David le volvió la espalda y pasó por delante del espejo del vestíbulo en donde se detuvo para retocar el ala de su sombrero.

Salió a la calle.

Toddy y Lake se entiesaron, pero no se movieron de sus sitios.

Rogers quedó parado en la acera.

La calle estaba desierta. Ellos tres eran los únicos peatones. La

luz del sol era cegadora. Rogers volvió la espalda y miró al par de individuos de frente.

—Bueno, ¿dónde está la fiesta?

—Díselo, Lake —el rostro de Toddy era toda una máscara. Había perdido la sonrisa.

—Póngase en marcha calle abajo y se lo diremos.

—No pienso moverme de aquí —afirmó Rogers.

—Debe hacerlo. Usted es el asado del banquete.

—Muy bien. Intenten asarme aquí.

Lake hizo una mueca.

—¿Es que quiere que lo rellenemos delante de todos?

Toddy intervino:

—Lo mismo da, Lake. Despáchalo aquí.

—Muérdete la lengua —Lake hablaba por un costado de la boca sin apartar la mirada de Rogers—. Ya hemos quedado que lo haríamos junto a la colina.

—Resultará más lindo —murmuró Rogers—. Los pájaros volarán a nuestro alrededor y el viento de la mañana mecerá la hierba. Apuesto a que son un par de sentimentales.

Lake gruñó:

—Mucho. Algunas veces lloramos.

—¿Qué estamos esperando, Lake? —apremió Toddy—. Dale su parte.

—No claves las espuelas —dijo su compañero—. Me gusta el tipo. Tiene facilidad de palabra. Estos fulanos de la ciudad son una biblioteca.

—Me siento muy halagado, señores. ¿Cuándo empezamos?

Lake soltó una risotada.

—¿También tiene prisa? Es chocante, veterinario. No he visto a nadie querer acabar pronto la última galopada.

—Me gusta todo lo rápido.

El que llevaba la voz cantante sacudió la cabeza con pesar.

—Está bien, veterinario. Me pongo de acuerdo con Toddy. Lo haremos aquí.

—Antes quisiera saber por qué hacen esto. No nos hemos visto nunca.

Lake retorció los labios.

—Toddy y yo formamos una especie de sociedad —explicó—. La

llamamos «La liga de ornamento de Bronter City». Si algo no nos gusta, allá vamos nosotros para poner las cosas en su sitio.

—Son ustedes un par de buenos vecinos —comentó Rogers.

—Sí, ¿eh? Pues su cara no nos gusta.

—¿Y qué van a hacer con ella?

—Nada, porque no tiene arreglo, aunque de buena gana le daría una pasada de nudillos a ver si queda mejor.

—No cuesta nada intentarlo —opinó Rogers.

—¡Bah! —rechazó Lake de un manotazo—. Hemos pensado acabar con el dueño y así de un tiro mataremos dos pájaros.

Toddy se impacientó.

—Bueno, basta de cháchara y al grano. ¿Es que vamos a esperar al *sheriff*?

—¡Al demonio con el *sheriff*! —Escupió Lake—. ¿Nunca puedo hacer las cosas a mi modo? Me gusta que el gato juegue con el canario. Además, el tipo tiene agallas.

—¡Pues házselas tragar, pero de una vez! —insistió Toddy—. ¿Sabes lo que pienso? Pues que nos está dando cuerda hasta que nos quedemos dentro de la madeja.

—De acuerdo, Toddy, manos a la obra.

Poco a poco los dos compañeros se fueron despegando de la acera. Los brazos les colgaban junto a las culatas de los cuarenta y cinco.

Rogers permaneció clavado en su sitio, en el mismo que había ocupado a la salida del hotel. Sus ojos no miraban ni a los hombres, ni a sus pasos, ni a sus manos. Estaba pendiente del leve rozar de las yemas de aquellos dedos contra la parte cubierta de marfil de las armas. Aquel pequeño movimiento era mucho más importante que el aparatoso protocolo de los forajidos. Rogers pensó que cuando las yemas como ventosas, se fijaran sobre las culatas, el momento habría llegado. Una extraña matemática mental resonó en su cerebro, producto de la distancia y el tiempo.

Uno.

Dos.

Tres.

Las ventosas se adhirieron.

¡Bang! ¡Bang!

Rogers caía hacia el suelo cuando sonaron los estampidos. Lake

también se desplomó después de girar sobre sí mismo. Pero sus facciones eran una mancha roja, repugnante que quedó medio enterrada en el polvo de la calle.

Toddy fue el único que quedó en pie con un gesto de asombro al ver que su revólver había volado por los aires como arrancado por una mano invisible.

David Rogers se fue incorporando lentamente con el revólver caliente en su diestra. Toddy creyó llegado su último momento y las piernas le temblaron, pero no gritó.

De pronto la calle se animó, como si un circo ambulante hiciera el pasacalle, las ventanas se abrieron y cientos de cabezas se asomaron. De los salones salieron grupos de hombres en dirección al lugar del suceso.

Rogers se vio rodeado de una multitud que contemplaba estupefacta la escena rumiando toda clase de comentarios.

Un hombre con una estrella en el pecho rompió el cordón de gente y se dirigió a Rogers:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Ese individuo se lo explicará todo —dijo Rogers indicando a Toddy que aún permanecía petrificado.

—Usted es quien ha de explicármelo. Ya conozco a Toddy —dijo el *sheriff* con hostilidad—. ¿Por qué ha matado a su compañero?

—Sólo he obrado en defensa propia.

—¿Tiene algún testigo?

—No me fijé. La calle estaba desierta.

—Me apesta todo esto —rezongó el de la estrella—. Sé que Toddy y Lake son un par de puntos, pero hasta ahora no he podido probarles nada. No me gustan ellos, pero tampoco me gusta usted por el hecho de ser forastero metido en líos. De modo que queda arrestado.

—No es muy razonable su proceder, comisario.

El *sheriff* enseñó los dientes.

—Mire. Aquí yo represento a la ley. Me sienta condenadamente mal que el primero que llegue se ponga a escupir plomo…, aunque sea a esta carroña. Así, si no tiene ningún testigo, hablaremos más despacio en mi despacho.

—¿Por qué no le pregunta algo a ese angelito? Tal vez lo pueda sacar de dudas.

El *sheriff* se encaró con Toddy agarrándolo por el hombro.

—¡Vamos! Vomita de una vez. ¿Qué ensalada es ésta?

Toddy entrecerró los ojos hasta que parecieron dos grietas.

—¿Sabéis quién es el tipo? —dijo dirigiéndose a todos—. ¡El veterinario! Otro veterinario como aquellos que trajeron la ruina a este pueblo.

Rogers no se esperaba este disparo. Vio muchas caras hoscas y puños que se crispaban. Hasta el *sheriff* soltó a Toddy y lo miró como si estuviera sobre un montón de pescado podrido. No obstante, se rehízo y lo invitó:

—Vamos a mi despacho, veterinario.

—¡Un… un momento! —gritó una voz aguda.

Orsini, gerente del hotel La Tortuga, había conseguido atravesar la muralla humana. Llegó al centro del corro dando traspiés.

—Un momento… Yo soy testigo —jadeó.

El hombre de la estrella lo escrutó con detenimiento.

—¿Qué ha dicho usted, señor Orsini?

—Lo vi todo… Yo estaba pendiente de lo que iba a pasar cuando…

—Bueno, bueno, señor Orsini —lo frenó el comisario—. Vamos por partes. En primer lugar. ¿Fue en defensa propia?

—Sí, comisario.

—¿Presenció el suceso desde el principio al fin? —quiso asegurarse el *sheriff*.

—Así es, comisario. El señor Rogers estaba en su cuarto cuando vinieron Toddy y Lake a preguntar por él. Les dije que estaba descansando y contestaron que volverían más tarde. Estaba luego explicándolo al señor Rogers cuando uno de esos dos tiró una piedra y rompió un cristal que, dicho sea de paso, alguien tiene que pagar. —Se oyó reír a algunos y Orsini prosiguió—: Pues bien; el señor Rogers se vio insultado por esos dos y bajó a ver lo que querían. Poco después se acercaron para… arruinadlo. Pero mi huésped fue más rápido y les dio una lección.

—Con eso queda todo aclarado —sentenció el comisario—. Un testigo es un testigo. El veterinario ganó la mano. Ahora tengan la bondad de apartarse todos para dejar paso a esos carros.

La multitud fue desalojando el centro de la calle. El *sheriff* colocó las esposas a Toddy y se abrió paso con su prisionero.

Rogers y Orsini se encaminaron hacia la puerta del hotel. A sus espaldas se oyeron murmullos y luego una voz se alzó sobre las demás, diciendo:

—Orsini lo ha defendido, porque es su huésped y el cliente siempre tiene razón.

A tales palabras sucedió un coro de carcajadas.

CAPÍTULO V

—Evans, traiga la prueba W.

Rogers trabajaba bajo un cobertizo lindante con la Asociación Ganadera. Desde hacía tres días pasaba allí la mayor parte del tiempo. Le habían asignado como ayudante a Bing Evans, un hombre de unos cincuenta años, de facciones arrugadas y de buen carácter. Evans acarreaba agua desde un abrevadero y otros ratos clasificaba las muestras y pruebas que le daba Rogers.

—¿Me ha oído, Bing? La prueba W.

Éste gruñó asintiendo y se dedicó a revolver un conjunto de frascos rotulados. Dos de ellos se rompieron antes de que diera con el solicitado. Lo entregó a Rogers con una mueca de satisfacción.

David lo destapó y vertió su contenido en una probeta graduada de gran tamaño donde había dos o tres dedos de agua destilada. Removió el líquido con una varilla de cristal. Pero no pasó nada. Frunció el ceño y obedeciendo al instinto, olfateó el contenido del frasco.

—¿Qué demonios me da, Evans? Esto no es la prueba W… ¡Es *whisky*!

Bing quedó un momento perplejo y de pronto abrió los ojos y se llevó una mano al estómago mientras se mordía la punta de los dedos de la otra.

—¿*Whisky*? —murmuró—. Entonces me he bebido la prueba W.

Rogers estuvo a punto de darse a todos los demonios, pero finalmente tuvo que contener la risa.

—Ya le dije que no bebiera en las horas de trabajo, Bing. Quiero que tenga los ojos bien abiertos.

—¿Qué… va… a pasarme ahora? —balbució el ayudante sin quitarse la mano del estómago.

Rogers le palmeó en el hombro.

—Siga con su trabajo, Bing. No va a sucederle nada. Pero esto le servirá de lección para que respete mis órdenes. No quiero ver una gota de alcohol excepto las que entren en mis experiencias. Volveremos a empezar.

Bing agachó la cabeza y se fue al otro lado del cobertizo a proseguir su faena.

El veterinario dedicó de nuevo la atención a la mesa de trabajo. De pronto una voz femenina preguntó:

—¿Puede darme un matarratas?

Era Diana Wagner. En sus labios había una sonrisa irónica.

—¿Para qué lo quiere? —dijo él sin abandonar sus manipulaciones en los frascos.

—Tenemos roedores en el rancho. Han aparecido sin previo anuncio. He pensado buscar la solución acudiendo a la ciencia.

David le indicó con la cabeza:

—Vea en ese cajón de la derecha. El que está cubierto de paja. Ahí debe haber algo.

La joven revolvió entre la paja y de súbito lanzó un chillido sacando el brazo.

De sus dedos colgaba un pequeño cepo para atrapar ratones.

Bing Evans, que se había apercibido de todo, soltó una ruidosa carcajada.

—¡Me ha engañado! —gritó Diana desprendiéndose de la trampa —. ¡Esto le costará caro, veterinario!

—Le he dado lo que quería —replicó Rogers—. No puede reprocharme nada.

Un individuo embutido en un traje bien cortado apareció soplando como un búfalo.

—¿Qué sucede, Diana?

Rondaría los cuarenta años y tenía las facciones regulares. Sobre el labio superior lucía un bigote con las puntas señalando hacia abajo.

La joven fulminó a Rogers con la mirada mientras decía:

—Nada, John. Esto es cosa mía.

El llamado John miró a David y luego a Diana.

—¿Te ha molestado este hombre?

—Ya te he dicho que corre de mi cuenta.

John dedicó toda su atención al joven.

—Supongo que es usted el veterinario.

—Y usted Nelson —dijo David, secándose las manos con una toalla.

—En efecto. Y le recuerdo que su trabajo es el único motivo de su estancia en este pueblo.

—Procuro ponerlo en primer lugar.

—También es importante que evite chocar con la gente. He de advertirle que una gran mayoría lo consideran un advenedizo.

—¿Usted también, Nelson?

—Yo formo parte del vecindario de Bronter City. Si quiere mi opinión de ganadero le diré que usted me tiene sin cuidado, aunque quiero que sepa que los que votaron a su favor están poco a poco cambiando de idea. Aquello fue algo traído por los pelos y que ahora empiezan a recapacitar —hizo una breve pausa—. Personalmente, le aconsejo que se abstenga de plantearme problemas, porque no los tolero.

—Ni yo tampoco. Espero que esa supuesta mayoría se ponga de mi parte en cuanto vea los primeros frutos de mi trabajo. Pero llevaré mi tarea adelante aun cuando mi presencia no sea grata a unos cuantos. Si alguien se me planta en el camino, pasaré por encima de él.

Nelson sonrió irónicamente enseñando tres dientes de oro.

—He oído comentar que va baleando a la gente.

—Sólo a un par de forajidos de nacimiento que tenían harto al pueblo.

—Sí —concedió el ganadero—. A mí mismo me han robado algunas reses. Pero le aseguro que eso no va a mejorar su prestigio. La masa sólo ve a dos vecinos tumbados por un forastero. Y eso no le gusta.

—No pienso agradar a nadie poniéndome a repartir abrazos. Mi profesión es la que cuenta y mi competencia la que tiene que convencer.

Diana intervino:

—Apuesto a que está como el primer día. ¿Cuándo vamos a ver su vacuna mágica?

—Le aseguro que ya la habría obtenido si algunos ganaderos no me hubiesen puesto obstáculos —recalcó David.

—¿Sabe lo que se me ocurre? Que ahora tratará de excusarse de algún modo y dar largas al asunto.

—Por suerte —dijo Rogers tras un breve silencio—, tengo mi trabajo muy adelantado y no me pueden inquietar ciertos sarcasmos.

—¿Es cierto que está tan a punto?

—Es probable que en un plazo de veinticuatro horas pueda tapar muchas bocas.

La joven continuó mordaz:

—Celebraré que así sea. Seré la primera en felicitarle —y añadió —: Aunque creo que acabará usted como sus dos colegas.

—No le daré ese gusto.

Nelson entró en juego.

—Basta ya —ordenó acremente sin dirigirse a nadie en particular—. Las palabras, para que tengan algún valor han de estar confirmadas por los hechos.

El veterinario lo midió verticalmente.

—No tengo más que decir, pero le recuerdo que se encuentra en el laboratorio que me ha proporcionado la Asociación y que desde mi sitio puedo hablar lo que me parezca conveniente.

Nelson respiró con fatiga porque la ira lo invadía.

—Está en su derecho, veterinario. Nos volveremos a ver —y dirigiéndose a Diana acabó—: Vamos, muchacha, dejemos a este caballero que se esfuerce en cumplir lo que dice.

La prometida del ganadero rezongó por un costado de la boca.

—Adiós, sabihondo, le deseo una suerte de ahorcado.

La pareja salió del laboratorio y cruzó el patio seguida por la mirada de Rogers.

La voz tartajosa de Evans dijo:

—A mí tampoco me gusta ese Nelson, señor Rogers. Pero tiene suerte el condenado. Lleva una hembra que, la mire por donde la mire, le hace a uno rechinar los dientes.

—Exacto, Evans —concedió Rogers y añadió—: Vamos a lo nuestro. Recuerde que se hace tarde y ni una sola gota de alcohol.

—Corriente, patrón.

Rogers se enfrascó en su tarea dando las espaldas a Evans. Este extrajo furtivamente de la hechura de su camisa una botella y la empinó atizándose un buen trago. Mientras volvía a guardar la

botella dijo:

—No sé cómo puede haber gente que necesite el *whisky* para trabajar…

Y se puso a mover unos cajones haciendo chasquear la lengua.

Capítulo VI

Dale Wagner estrechó sonriente la mano de David.

—¿Qué le trae por aquí de nuevo, Rogers?

El joven aceptó la silla que el ganadero le señalaba y se sentó.

—Necesito más sangre de sus reses enfermas, señor Wagner.

—Ya le dije que estoy a su disposición.

—Muchas gracias. Le aseguro que, en las actuales circunstancias, resulta confortador que haya encontrado un hombre como usted.

Wagner carraspeó suavemente.

—No encuentra la colaboración que necesita, ¿verdad?

Rogers se pellizcó el labio inferior y sonriente, repuso:

—Yo espero que muy pronto todos se decidan a imitarlo, señor Wagner. Al fin y al cabo, estoy realizando un trabajo que interesa a la comarca.

—Sí, lo comprendo, pero no sea demasiado optimista, señor Rogers. No se encuentra en una ciudad del Este. Conozco bien a mis colegas. No son mala gente, se lo aseguro, pero cuando se les mete una idea entre ceja y ceja es muy difícil den su brazo a torcer.

Rogers se puso en pie.

—De todas las historias que me contaron cuando niño, la que más me impresionó fue la de Josué ante Jericó.

Dale Wagner se enderezó también esbozando una sonrisa.

—Las murallas de Jericó se derrumbaron, pero ¿sabe lo que le digo? Las que han construido en Bronter City para hacerle frente son mucho más resistentes… Usted también tendrá necesidad de un milagro.

—No pierdo la esperanza de que se realice.

—Me gusta su forma de ser, señor Rogers. Es valiente y decidido y no se amilana por nada. Tenga la seguridad que voy a apostar por

usted.

Los dos hombres caminaron hacia la puerta del despacho, Wagner abrió la puerta y llamó con voz fuerte:

—¡Eh, Tim!

Un muchacho joven de cara aburrida que estaba sentado en una silla del vestíbulo, se puso en pie. Era muy alto y se acercó con la boca abierta.

—Diga, patrón.

—Acompaña al señor Rogers a los establos. Obedécelo en todo.

Tim midió de pies a cabeza a Rogers e hizo un gesto afirmativo. Luego el ganadero se despidió:

—Me marcho enseguida al pueblo, señor Rogers. No estaré cuando usted haya terminado, pero ya sabe que me tiene a su disposición.

Rogers le dio las gracias y después de cambiar un apretón salió de la casa en pos de Tim.

Mientras se dirigían a los establos les salió al encuentro un hombre al que ya Rogers conocía. Era el pelirrojo de la cara torcida llamado Spencer, quien se detuvo y poniendo una sonrisa en su fea cara dijo:

—¿Otra vez por aquí, sana perros?

Rogers se detuvo observándolo.

—Apártese, muchacho. Tengo prisa.

Spencer se quedó quieto sin dejar de sonreír.

—No le gusta la gresca, ¿eh, Rogers?

—Su patrón me está ayudando y no quisiera dejar inútil a uno de sus hombres.

Los ojos de Spencer brillaron con ferocidad mientras apretaba los puños.

—Eso lo dice porque tiene miedo, matapulgas. Ande, prepárese a recibir.

El larguirucho Tim intervino rápidamente:

—Nada de eso, Guy. El patrón me dijo que lo acompañase a los establos y tiene razón en lo que ha dicho respecto al señor Wagner. El veterinario le ha sido simpático.

—Sí, ¿eh? —rezongó Spencer.

En ese momento, Wagner salió de la casa y, sin volver la cabeza hacia el lugar donde se hallaba Rogers discutiendo con su

empleado, subió a un tílburi y emprendió la marcha a la ciudad.

—Bueno —dijo Spencer con una sonrisa—. Ahora el patrón se ha marchado y apuesto a que conozco a una persona que puede cambiar las cosas.

Tras decir estas palabras, dio media vuelta y se dirigió a la casa.

Rogers lo siguió unos instantes con la mirada y luego, chasqueando la lengua, dijo:

—Vamos, Tim. Quiero ver esas reses enfermas.

Spencer entró en la casa y preguntó a un criado por la señorita Wagner.

Poco después, el vaquero era recibido por la joven, que se cubría con un vestido color de rosa de escote redondo que contorneaba su cuerpo haciendo resaltar su hermosura.

—¿Qué pasa, Guy?

—¿No lo sabe? El veterinario está otra vez en el rancho.

La muchacha entrecerró los ojos.

—¿Aquí…? ¡No es posible!

—Lo acabo de dejar camino de los establos. Al parecer, ha hablado con su padre y él lo ha autorizado para que siga desangrando nuestras reses.

Diana apretó los labios con firmeza y se volvió bruscamente hacia la ventana. Miró tras los cristales y vio a Rogers en el momento en que entraba en los establos.

—¡Ese impertinente lechuguino! —exclamó.

—Estuve tentado de ajustarle las cuentas, señorita Wagner, pero Tim me dijo que el fulano cuenta con la protección de su padre.

—Sí, es cierto —dijo ella con rabia.

Guy Spencer se frotó la mejilla.

—Bueno, acabo de ver al patrón. Se dirigía a la ciudad —hizo una pausa—. ¿Sabe una cosa, señorita Wagner? Seguro que, si ahora surgiese un incidente, su padre no se enteraría. Ese tipo, Rogers, se callará por amor propio. Suponga que voy a los establos y lo comprometo.

Diana se volvió lentamente enfrentándose con los ojos brillantes del vaquero.

—¿Estás dispuesto a hacer eso, Guy?

—Claro que sí, señorita. Ya sé que usted también le tiene ganas y me bastaría un par de minutos para convertirlo en pulpa.

Diana se cogió el mentón, permaneciendo pensativa durante unos instantes.

—De acuerdo, Guy; pero con una condición.

—¿Cuál, señorita Wagner?

—Sólo quiero que reciba una paliza. Nada de pistolas.

—Quedará satisfecha.

La joven se echó a reír.

—Puede resultar muy divertido y para eso necesito hablar antes con él. Mantente fuera. Sólo debes aparecer en el momento oportuno.

—Descuide, señorita Wagner. Así lo haré.

—Muy bien. Pongámonos en marcha.

Salieron de la casa y se encaminaron hacia los establos. Cuando estuvieron cerca, la joven hizo una señal con la mano a Spencer para que se detuviese. Este así lo hizo y ella continuó andando.

Sorprendió a Rogers observando al trasluz una muestra de sangre que contenía una pequeña probeta. El larguirucho Tim lo miraba también embobado.

—Buenos días, señor Rogers —murmuró la joven.

Tim se quitó rápidamente el sombrero y correspondió al saludo.

David volvió ligeramente la cabeza y frunció el ceño al ver a la muchacha.

—Parece que está un poco sorprendido —dijo ella con una sonrisa, ladeando la cabeza.

—Confieso que es así —contestó él—. Pensé que aborrecía los vestidos propios de su sexo.

La joven fue a contestar con un exabrupto, pero logró contenerse mordiéndose el labio inferior. Enseguida volvió a sonreír.

—Ya veo que le he producido un fuerte impacto —dijo engreída.

—Sí —asintió él—. ¿Dónde es el baile de máscaras?

Diana crispó los puños y su pecho se agitó embravecido.

—¡Es usted un…!

Buscó la palabra adecuada, pero de pronto recordó que fuera estaba esperando Spencer y que, después de todo, el pelirrojo diría su última palabra en nombre de ella. Inspiró profundamente, repitiéndose una y otra vez que debía serenarse, y preguntó con voz que pretendía ser conciliadora:

—¿Ha terminado ya, señor Rogers?

—Sí, señorita Wagner. Va a tener la gran suerte de perderme de vista.

—Oh, señor Rogers, ¿por qué dice eso? Creo que ya va siendo hora de que, entre usted y yo, las cosas se arreglen un poco.

—¿Sí? —murmuró él sorprendido mientras taponaba la probeta.

Se acercó al pequeño maletín que había dejado sobre un montón de heno, mientras escuchaba a sus espaldas la voz de ella:

—Es lo que digo yo. Usted ha venido aquí a cumplir una misión. ¿Por qué hemos de ponerle obstáculos en su camino?

Rogers se detuvo como si hubiese encontrado en su camino una alambrada de espinos y volvió la cabeza con una mueca de estupefacción.

—¿Habla en serio, señorita Wagner?

—Naturalmente. ¿Le extraña?

—Enormemente.

—No soy rencorosa, señor Rogers. Es posible que usted y yo no nos hayamos llevado bien en un principio, pero, ya verá como ahora somos buenos amigos, —hizo un mohín de coquetería—. ¿Satisfecho?

—Oh, sí. Mucho.

La muchacha dirigió una mirada al boquiabierto Tim que los contemplaba a los dos en silencio y le ordenó:

—Anda, ya no haces falta aquí. Vete a dar una vuelta.

Tim hizo una señal de afirmación y, poniéndose el sombrero sobre la cabeza, salió fuera dejando a los dos jóvenes solos.

Rogers guardó la probeta entre algodones, dentro de la valija, y cerró ésta herméticamente. Con ella en la mano caminó hacia la puerta, pero la joven estaba en su camino y no se apartó, lo cual le obligó a detenerse.

—Bueno, señorita Wagner… He terminado mi trabajo, palabra que celebro su buena predisposición hacia mí.

—¿No se pregunta a qué se debe este cambio?

Rogers hizo una mueca.

—Le prometo hacerlo esta noche.

Ella se cogió el borde del escote y se miró la punta de los zapatos.

—Oh, señor Rogers. ¿Va a necesitar tanto tiempo…? Mi abuela Ruth me decía que hay cosas que están suficientemente claras…

Naturalmente, se refería a los asuntos que conciernen a un hombre y una mujer.

—¿Eso decía su abuela?

Diana lo miró con sus grandes ojos y abanicó las sedosas pestañas, murmurando:

—Sí, señor Rogers. —Dio un paso hacia él y ambos quedaron muy cerca—. ¿Es que no comprende por qué me he opuesto a usted desde un principio?

—Soy muy torpe, señorita Wagner. ¿Por qué?

—Porque mi prometido Nelson estaba en contra de la llegada a Bronter City de cualquier veterinario. Una mujer ha de tener las mismas opiniones que su marido, aunque en este caso mi matrimonio no se ha llegado a realizar.

—Muy conmovedor.

—Pero luego…

—¿Luego?

Diana bajó otra vez la mirada jugueteando con el lazo que adornaba su pecho. En voz baja murmuró:

—Lo conocí a usted y, bueno… Yo no tengo la culpa de lo que ha ocurrido… Me enamoré de usted.

Hubo un silencio. La joven levantó la mirada.

—¿Es que no va a decir nada, señor Rogers?

—¿Qué es lo que tengo que decir?

—¡Oh! —gimió ella—. ¿Pero es que no me ha oído…? Me he enamorado de usted.

—Muy bien. ¿Y qué quiere que haga yo?

—¿Cómo que quiero que haga…? ¿Es que necesita que le diga lo que tiene que hacer? Yo también le gusto a usted, señor Rogers. Lo leí en sus ojos apenas me miró cuando entré en el establo.

Rogers la observó calculadoramente de la cabeza a los pies.

—Es usted hermosa, señorita Wagner. Sí, señor. No está ni pizca de mal, pero ¿sabe una cosa?

—¿El qué?

—Estoy pensando que sería una mala faena el robársela a otro hombre.

—¿Robarme a otro hombre…? ¡John Nelson no tiene ningún derecho sobre mí! ¡No estamos casados!

—No, no están casados… Pero las promesas matrimoniales

existen. Usted le habrá jurado amor eterno a él y él se lo habrá jurado a usted.

—No sea cruel, señor Rogers… Me está destrozando el corazón.

David hizo chasquear la lengua.

—Pobre muchacha.

—¡Nelson me importa un comino…! ¡Es a usted a quien quiero!

—¿Mucho?

—¡Muchísimo! Por lo que más quiera, desde que le vi a usted estoy soñando con que me bese… Por favor, señor Rogers, béseme.

—¿Cómo quiere que la bese aquí en el establo, con todas estas reses como testigos?

—¿Y qué importa eso? —dijo ella con acento dramático—. Yo no veo ningún establo. Estoy caminando sobre un lecho de nubes. No lo demore más, señor Rogers… Béseme.

Rogers se dispuso a abrazarla y ella protestó:

—¿Es que no va a dejar la valija en el suelo?

—Está bien —contestó él—. Dejaré la valija.

Se agachó depositando la pequeña maleta en el suelo y se incorporó frotándose las manos. Entonces no pudo por menos que sonreír al ver que Diana había proyectado la cabeza hacia delante y, con los ojos cerrados, hacía un hociquito con los labios.

Abarcó a la joven por la cintura y la besó.

Se mantuvieron un rato así y de pronto Diana le puso los puños en el pecho y lo empujó porque se estaba ahogando.

Rogers retrocedió dos pasos y Diana le miró sorprendida.

—¿Qué ha hecho usted?

—¿Yo? —David se apuntó al pecho con el dedo índice—. Lo que usted me ha pedido… Fue un beso, ¿no es así?

—¡Es usted un salvaje! Ha estado a punto de quebrarme una costilla.

—Bueno, me falta entrenamiento —sacudió la cabeza él—. Pero lo podemos intentar de nuevo. Verá cómo sale mejor.

Se dirigió hacia ella y Diana pegó un salto.

—¡No! —exclamó.

—¿Qué le pasa ahora?

Los ojos de la muchacha centellearon. De pronto se puso a gritar:

—¡¡Socorro!! ¡¡Auxilio!!

Se llevó las manos a la cabeza y se alborotó el cabello.

Rogers se cruzó de brazos mirándola sorprendido.

—Oiga, señorita Wagner. Si se ha vuelto loca me temo que no la podré asistir, a menos que crea se ha transformado en una yegua.

La joven apretó los labios con rabia y repitió:

—¡¡Auxilio!! ¡¡Socorro!!

Spencer entró por la puerta corriendo y se detuvo jadeante.

—¿Qué le pasa, señorita Wagner?

Diana señaló a Rogers con el dedo extendido y dijo con voz de falsete:

—¡Ese hombre! Ha querido atropellarme.

—¿Eh? Pare el carro, señorita Wagner —exclamó Rogers—. Usted me pidió…

—¡Spencer! —le atajó ella autoritaria.

—¡A la orden, señorita Wagner!

—Si es que te importa algo que se ultraje el nombre de tu patrón, castígalo como se merece.

Guy Spencer se escupió en las manos.

—Me importa, señorita Wagner, y se lo voy a demostrar ahora mismo.

La cara de Rogers adquirió la dureza del granito.

Guy Spencer avanzó sobre él con los brazos abiertos, seguro de que Rogers no le duraría más de diez segundos. Tenía pensado lo que iba a hacer con él. Atenazarlo con sus garras y tenderlo en el suelo. Luego le golpearía a placer la cara hasta convertírsela en papilla.

Rogers, por su parte, lo dejó llegar. Cuando lo tuvo a tiro le sacudió un trallazo en el hígado. Spencer emitió un ronquido, hizo una mueca y retrocedió dos pasos. Miró al veterinario sorprendido, y lanzó una maldición.

Volvió al ataque, ahora cerrando un poco la guardia.

—¿Qué estás esperando, Guy? —dijo Diana—. ¡Ultímalo de una vez!

—Ahora mismo, señorita Wagner —repuso el pelirrojo y se lanzó.

Rogers le ofreció la cara para que le golpease a placer y Spencer tragó el anzuelo. Disparó su puño derecho pensando en que cuando percutiese en la nariz de su enemigo se la destrozaría; pero, de

pronto, se dio cuenta de que su puño había cruzado ya el espacio donde debía estar la cabeza de Rogers sin que encontrase nada en su camino. Rogers había saltado hacia un lado y colocó limpiamente la izquierda en el pómulo de Spencer. Éste fue a caer, pero la derecha del veterinario se lo impidió levantándolo con un fuerte golpe de costado.

Spencer quedó boqueante, tratando de llenar sus pulmones de aire y, seguidamente, el joven lo fulminó de un terrible zurdazo en el mentón.

El pelirrojo salió disparado hacia atrás, tropezó contra la puerta de uno de los compartimientos, dio una vuelta de campana y cayó boca arriba, justo debajo de la ubre de una vaca.

—¡Oh! —exclamó Diana, los ojos desorbitados al contemplar el final de aquella pelea.

Rogers se acercó a ella, la cogió rudamente por la cintura y, apretándola contra sí, la besó en la boca con todas sus fuerzas.

La joven estaba demasiado estupefacta para ofrecer resistencia hasta que él se separó.

Inmediatamente David alcanzó el maletín que había en el suelo y se dirigió hacía, la puerta. A punto de cruzar el umbral, se volvió y dijo:

—Hasta la vista, señorita Wagner, y, si alguna vez escribe a su abuela Ruth, dele las gracias de mi parte. Ella tiene razón —hizo una pausa y agregó con tono dramático, imitando a la joven—: Un hombre y una mujer deben entenderse cuando entre ellos existe un verdadero amor.

Giró sobre sus talones y salió fuera.

Diana se quedó mirando hacia la puerta, sin salir de su asombro, hasta que de súbito soltó un gemido y se dejó caer en el heno.

CAPÍTULO VII

La explosión hizo temblar las paredes y los cristales.

David Rogers se despertó bruscamente. A lo lejos se oían gritos de mujeres. Saltó de la cama restregándose los ojos y abrió la ventana de par en par.

Vio una espesa humareda que emergía hacia el cielo ocultando el sol. Una idea brotó en su mente. Se subió sobre el travesaño de la ventana y desde allí pudo ratificar la sospecha.

Su laboratorio estaba ardiendo.

Brincó al suelo de su habitación soltando una letanía de palabras fuertes. Buscó los calcetines y sólo pudo hacerse con uno. Al descolgar la camisa se oyó rasgar la tela por el pomo que la sujetaba. Antes de acabar de vestirse oyó la voz consternada de su ayudante Bing Evans.

—¡Señor Rogers! ¡Señor Rogers!

Se asomó de nuevo.

Evans venía cojeando y en paños menores. Su camiseta estaba quemada hasta la altura del codo. Tenía señalados la frente y un pómulo.

—¿Qué ha pasado? —indagó Rogers.

Bing se detuvo jadeante.

—Estaba… durmiendo… y estalló el cartucho.

—¿Qué más? ¿Sabe quién ha sido?

—No he podido ver a nadie —replicó el viejo—. Todo estaba ardiendo a mi alrededor. Fue tan de improviso que no encontraba la salida de ninguna manera. He pensado que iba a achicharrarme como un lechoncillo y he trepado hacia el techo. He salido por un agujero.

—¿Pudo recuperar algo del laboratorio?

—Sólo he podido salvar el pellejo.

Rogers golpeó con el puño repetidas veces en el marco de la ventana. Tenía la mandíbula apretada.

—Ya es bastante —dijo—. Ahora mismo bajo.

Terminó de vestirse y un minuto después se unía a Evans. Éste acababa de ponerse unos pantalones viejos que le habían ofrecido. Un grupo de curiosos se había detenido en torno a él y lo acosaban a preguntas.

Rogers lo rescató y echaron a andar calle arriba.

El *sheriff* apareció en una esquina mascando todavía un bocado del almuerzo interrumpido y se agregó a ellos.

—Me figuraba que iba a pasar algo así —refunfuñó—. Ya se habrá convencido de que no es simpático en este pueblo, veterinario.

—Sólo me preocupan dos cosas —murmuró Rogers sin dejar de andar—. La vacuna que se ha ido a los demonios y el pescuezo del que ha hecho esto.

—Arréglese con lo primero, que yo me encargo de lo otro —dijo el *sheriff* y después de ensillar añadió mirando a Evans—: Dígame qué ha ocurrido.

Éste hizo un relato gemelo al que había hecho a David.

Cerca del lugar del siniestro había un tropel de gente situada a prudente distancia ante el temor de una nueva explosión.

Los tres hombres atravesaron el tumulto y anduvieron hacia la parte de la Asociación Ganadera en que estaba enclavado el laboratorio.

Las llamas envolvían el pabellón y se oía crepitar la madera, cada vez que se desprendía una viga.

Rogers y sus dos acompañantes volvieron las cabezas al oír unas voces.

Varios hombres desparramados a la puerta de un bar cerrado dormitaban sin hacer mucho caso del espectáculo. David fue hacia ellos seguido del comisario y Evans. El quinteto olía a *whisky* a una milla a la redonda.

El *sheriff* zarandeó por el hombro a uno de ellos que gemía sentado en el suelo contemplando la catástrofe.

—Eh, tú, ¿qué ha pasado? ¿Has visto al que lo hizo?

El borracho lloriqueó:

—¿Que si lo he visto?… Ha sido Miky. Le estuve diciendo toda la noche: «No bebas más, Miky, no bebas». Pero él no me hizo caso, ¿sabe? ¡Hasta se bebió mi botella! ¡La quinta botella! Y luego… —Sacudió la cabeza con pesar—. Luego, se fue hacia allí y… y ya habrá oído usted el ruido, ¿no, *sheriff*?

—¡Y el ruido que va a hacer tu cabeza si la aplasto, sucia cuba! —rugió el defensor de la ley.

Restalló una carcajada.

Un tipo tambaleante se aproximó por una esquina próxima cogiéndose el vientre con las dos manos.

—No he sido yo, Cooper. Te apuesto a que me bebo dos más —borró la risa del rostro y dijo al *sheriff*—: ¿Quiere que le diga quién lo hizo? Pues bien. Ese cerdo de Jackie. El dueño del bar.

Uno de los que estaban sentados le dio una patada y lo derribó.

—No le haga caso, *sheriff*. Está resentido con Jackie porque no le quiso servir más *whisky*.

Las facciones del *sheriff* adquirieron un color púrpura.

Rogers medió:

—Déjeme a mí —se dirigió al último que había hablado—. ¿Llevan mucho tiempo aquí?

El hombre chasqueó la lengua.

—No gran cosa —tartajeó—. Hemos estado durmiéndola unas cuantas yardas más allá… toda la noche. Pero esta mañana empezó a refrescar y nos hemos venido aquí… al calor.

David sacudió la cabeza, defraudado y habló al *sheriff*:

—No lograremos nada, comisario. Estos hombres no están en condiciones de darnos información que valga algo.

—¡Rayos! ¿Seis testigos y no vamos a sacar nada?

—Ya lo ve, es inútil. Todos están igual.

El comisario se amasó la cara con una mano y gruñó:

—Hablarán. Llamaré a los muchachos y les lavaremos el estómago. No podemos esperar a que se les vaya el alcohol y con él los recuerdos.

Rogers paseó la mirada por el conjunto de bebedores.

—Es una lástima. Estos hombres han permanecido aquí toda la noche y es forzoso que hayan visto al saboteador.

—¡Yo lo he visto! —gritó uno de ellos.

La atención de todos se concentró en él. El que estaba a su lado

lo miró con incredulidad.

—¿Tú, Larry?

—Sí, yo —reafirmó sonriendo con astucia. Se abocó al oído del otro y murmuró algo. El compañero de Larry abrió los ojos.

—¡Cierto! Yo también.

Rogers se precipitó hacia ellos seguido del *sheriff*.

—Cuente. ¿Qué aspecto tenía?

El llamado Larry mostró las palmas de las manos.

—Un momento. Los negocios son los negocios. Todo tiene su precio, ¿no?

David se impacientó.

—¿Cuánto?

Larry miró a su compadre quien dio una cabezada asintiendo.

—Dos botellas. Una para éste otra para mí.

El veterinario les lanzó una mirada de desconfianza.

—Antes vamos a hacer una comprobación. El tipo sabemos que llevaba una mano herida… ¿Cuál de las dos? ¿La derecha o la otra?

La astucia se acentuó en los ojos de Larry.

—¡Las dos! —gritó triunfalmente.

Rogers tuvo que hacer un esfuerzo para contener al *sheriff* que avanzaba con los puños crispados.

Poco después regresaron junto al tropel de gente que bloqueaba el paso de la calle y que ahora se había convertido en una multitud expectante.

Lo que había sido el laboratorio se hundió con estrépito y el fuego se avivó más.

Un equipo de hombres se abrió paso tirando de un carro-cuba que iban a utilizar para impedir que el fuego se propagase a los edificios cercanos.

Cuando estuvieron algo alejados de la gente, el *sheriff* habló:

—No sé qué pensar. Será difícil que aquellos tipos nos digan algo cuando estén serenos.

—Estoy con usted, *sheriff* —convino Rogers—. Me parece que se despertaron a consecuencia del estampido y no saben nada.

El comisario arrugó el entrecejo.

—Tal vez el explosivo fue colocado mucho antes y lo hicieron estallar desde fuera —hizo una pausa y prosiguió—: Cuando apaguen esa hoguera no estará de más que eche una ojeada.

—El fuego habrá borracho las huellas —dijo el joven veterinario —. Mi opinión es que lanzaron los cartuchos desde el tejado de algún edificio.

Bing Evans escupió una maldición.

—Sea como sea, el bribón que ha hecho eso lo tiene que pagar caro. ¡Me han quemado el único traje que tenía!

Rogers le palmeó la espalda.

—No se preocupe, Evans. Arriba tendré alguno que con unos cuantos golpes de tijera le quedará bien.

—Gracias, señor Rogers. Es usted un gran tipo —murmuró el viejo emocionado—. Pero le aseguro que como me eche a la cara al que lo hizo lo voy a tostar con plomo.

El *sheriff* indagó:

—¿Oyó galope de caballos después de la explosión, Evans? Tal vez eso nos diese una pista.

Bing meneó la cabeza.

—Nada, *sheriff*. Ya le dije que lo único que me preocupaba era salir por la tapadera de aquella olla ardiente.

—Usted se quedaba para guardar el laboratorio. ¿Cómo es que estaba durmiendo?

—Una hora antes terminé mi vigilancia —explicó Evans—. Le había dicho al señor Rogers que después ya no había peligro de que nos robaran nada.

El hombre de la estrella guardó silencio, luego dijo:

—No va a ser fácil saber quién ha sido. En realidad, ha podido hacerlo cualquiera del pueblo.

—Lo mismo creo yo —concedió el veterinario.

Los tres hombres se detuvieron.

—Creo que va a tener dificultades —pronosticó el *sheriff*.

—Lo sé.

—Y temo que en una de ellas le den un balazo.

—Trataré de evitarlo, pero si alguno lo intenta procuraré ganarle por la mano.

—Eso es lo que no me gusta, veterinario. Éste es uno de los pueblos más tranquilos del Oeste. Sólo tenemos el demonio de la epidemia que nos quita el sueño.

—Mi trabajo consiste en que puedan conciliarlo —replicó el joven.

El comisario levantó las cejas.

—Lo condenado del caso es que desde que ha llegado usted la cosa se está poniendo más fea y que la epidemia sigue haciendo su trabajo. Con franqueza le digo que está usted empeorando la situación en vez de mejorarla. Si acepta un buen consejo le diré lo que haría yo en su lugar.

Rogers observó las pupilas del *sheriff*, mientras su interlocutor proseguía:

—Presentaría mi dimisión al secretario de la Asociación Ganadera y me dedicaría a la profesión en las grandes ciudades. Tengo la impresión de que sabe su oficio y que puede hacerlo en lugares menos hostiles.

—Desde que llegué no hago más que oír ese consejo. Usted es el único que me lo da con el revólver en la funda.

—¿Y qué decide, veterinario?

—Me quedo.

El *sheriff* sacudió la cabeza con preocupación.

—Lo siento por usted. Espero que el próximo cartucho no se encuentre bajo sus cuartos traseros. Lamentaría tener que recogerlo repartido a trozos por Bronter City.

Rogers le tendió la mano.

—Bien, *sheriff*. Póngame al corriente si averigua algo.

—Vaya con cuidado, señor Rogers.

Se despidió de Evans y se alejó.

Bing se subió los pantalones que le habían prestado y anudó con un lazo más apretado la cuerda que los afianzaba.

—Vamos a ver ese traje —dijo Rogers dando media vuelta y encaminándose hacia el hotel.

Seguido por su ayudante llegó a la habitación en la cual se podían observar las señales de su precipitada salida.

Cada cosa andaba por su lado e invirtió algún tiempo en poner en orden lo imprescindible.

Bing había localizado por el olfato una botella de *whisky* que gravitaba sobre la mesilla de noche. Se sentó al borde de la cama, aunque había tres sillas vacías.

Rogers entretanto, repasaba el ropero en busca del traje prometido.

—Tiene usted una habitación muy confortable —comentó Evans

sin quitarle el ojo a la botella. Debía ser de primera clase a juzgar por la etiqueta dorada.

—Echaré de menos el camastro que teníamos en el laboratorio. Lástima, Evans, hasta aquello se ha perdido.

—Siempre hay cosas mejores —murmuró Bing con la boca hecha agua.

—Cácela, Evans.

—¿Qué?

—La botella. Puede cogerla —autorizó David todavía de espaldas a su ayudante.

Éste no esperó una segunda orden.

Aplicó el gollete a la boca en un previo tanteo, le brillaron las pupilas y dio una serie de sorbos hasta que sintió necesidad de aspirar.

—Me hacía falta un buen trago —dijo tras chasquear la lengua —. Sobre todo, después de lo ocurrido. ¿Qué piensa hacer, señor Rogers?

El aludido sacó un terno y lo lanzó a una silla.

—No lo sé aún. Todo nuestro trabajo se ha ido al diablo. He de pensar despacio.

—¿Tendremos que empezar de nuevo?

—Por de pronto no podemos hacer ninguna demostración. Nos faltan varios elementos imprescindibles.

—Es para desesperarse, señor Rogers. ¡Ahora que habíamos conseguido la vacuna! Yo me sentía importante sabiendo que había colaborado en la preparación —Evans quiso borrar su tristeza y se atizó un trago.

—Lo conseguiremos otra vez —aseguró Rogers paseando por la habitación—. He sacado algunas conclusiones con las experiencias que realizamos y es posible que no se haya perdido todo.

Evans parpadeó intrigado.

—¿Usted cree?

Rogers miró distraídamente por la ventana.

—Hemos obtenido tipos de sangre de casi todos los ranchos. Tengo en la cabeza un resumen de los análisis; pero para ratificar su valor, necesito hacer unas pruebas con la sangre de los tipos que faltan. Todas las reses de la región están contagiadas. Lo que sucede es que en muchas no se ha declarado la enfermedad con la máxima

virulencia y parecen sanas. Necesito la sangre de reses intactas para conseguir la base de la vacuna. Y de reses que pertenezcan a esta zona infectada.

—¿Cómo las de Nelson y Channing?

—Acertó, Evans.

—Pero ese par de ricachones nos echarán los perros en cuanto metamos las narices por su rancho.

—Eso es lo malo —aseveró Rogers reanudando su paseo—. Son los dos peces más gordos que tenemos en contra. No nos dejarán ver las reses, aunque les vaya la vida en ello.

Bing empinó la botella y al bajarla vio reforzado su valor.

—¡Maldita sea! —Gruñó—. Si no lo dejan hacer por las buenas lo haremos por las malas. Un revólver sirve de algo, ¿no?

Rogers desestimó la sugerencia agitando una mano en el aire.

—No quiero dificultades con nadie. Bastantes me estoy buscando sin moverse de mi sitio. Esperemos que esos ganaderos entren en razón.

El resto del frasco de *whisky* aportó nuevas ideas al cerebro de Evans.

—¿Por qué no nos dejamos caer a la noche por el rancho de Nelson y Channing? Conozco el sitio palmo a palmo. No nos sería difícil deslizamos hasta las reses y obtener esa sangre.

Rogers interrumpió su paseo.

—¿Ha estado dentro del rancho alguna vez, Bing?

—Mucho mejor que eso, señor Rogers. Conozco un hueco en la fortaleza por donde podríamos colarnos sin que se dieran cuenta.

—Debe haber alguno de los muchachos de vigilancia durante la noche.

El ayudante hizo un gesto de desprecio.

—Tal vez. Pero si asoma el hocico le macearé el cogote. Todo resultará muy fácil.

David palmeó el hombro de Evans.

—Ha tenido una buena idea. Lo intentaremos.

—¿Qué vamos a hacer entretanto?

—Lo mejor será que nos demos una vuelta. Es conveniente que la gente nos observe sin saber qué hacer. De este modo la partida de Nelson y Channing estará más confiada si nos ve en franca derrota.

Los dos hombres se estrecharon las manos, luego, Rogers habló

con Orsini, el gerente del hotel, para que cediera a Evans la habitación de al lado, que al mismo tiempo iba a servir de laboratorio provisional.

CAPÍTULO VIII

Era alrededor del mediodía. Los dos hombres avanzaban lentamente a lo largo de la calle mayor de Bronter.

Llevaban las manos en los bolsillos y las cabezas un tanto bajas. Rogers tenía la ropa arrugada y el sombrero ladeado, con descuido. Evans iba dentro de un traje príncipe Alberto. Y las perneras de los pantalones eran, visiblemente, una más larga que la otra. Las hombreras de la levita le caían a ambos lados, como el arnés de una bestia de carga.

Dos hombres, desde la puerta de un saloon, lanzaron silbidos de asombro mirando a Evans.

—Eh, Bing. ¿Has presentado ya la candidatura? Pareces un alcalde.

El aludido refunfuñó por lo bajo unas palabras ininteligibles.

Otro hombre situado en la parte contraria gritó:

—¡Con la tela que te sobra podías poner una tienda de tejidos, Bing!

Se oyeron varias risotadas.

Rogers empujó suavemente a su amigo cuando iba a detenerse. Siguieron caminando sin mirar a los lados de la calle. Se sintieron objeto de la curiosidad de los que circulaban. Oyeron murmullos de conversaciones, mezclados con risas. El taconeo de todos se interrumpía a su paso.

Otra voz exclamó:

—¿Qué es lo que veo? ¿La flor y nata de Bronter City o un desfile de disfraces?

Se oyó el rasgueó de una guitarra y una garganta ronca entonó:

«Iban de punta en blanco, los buscadores de vacunas y curaban con *whisky* la peste. Pero el par de pobres diablos, no sanaban ni la

pata de una cucaracha».

Bing los veía contorsionarse de risa por el rabillo del ojo. Estuvo a punto de sacar el revólver, pero la mano de Rogers le presionó el brazo.

—No haga disparates, Evans. Recuerde que tenemos que representar bien nuestro papel.

—Es que es demasiado, señor Rogers. Mi paciencia tiene un límite.

—Lo comprendo. Pasemos esto y ya nos tomaremos la revancha.

De pronto tuvieron que pararse. Una calesa tirada por dos caballos les había bloqueado el paso.

La conducía Diana Wagner.

La muchacha se puso en pie en el pescante. Sonreía sarcásticamente.

—¡Bravo, veterinario! —gritó sin soltar las riendas—. Su vacuna ha sido tan poderosa que hemos oído el estallido en todo el pueblo.

La gente se fue acercando. Multitud de rostros divertidos estaban pendientes de los labios de la joven.

Rogers inició un movimiento para rodear el carruaje.

—¡Eh, no se vaya! —le increpó Diana—. Queremos darle la enhorabuena.

—No tengo ganas de perder el tiempo —dijo el joven desabridamente.

—¿De veras? Pues ahí va eso para que frene el paso —dijo la muchacha extrayendo el revólver y clavando una bala a pocos pasos de Rogers.

Éste se detuvo y lanzó una mirada furiosa a la chica.

—Bien. Empiece a lanzar sus puyas.

—Ya sé que no le gustan las verdades. —Y agregó—: Acabe pronto.

—No tengo prisa —ironizó Diana—. Le va a quedar tiempo para buscar una vacuna contra las moscas. Hay muchas y tal vez eso le sea más fácil.

—¿Qué más?

—Iba a obtener la panacea en breve plazo, ¿eh? Si esperamos que usted cure las reses, pronto tendremos que volvernos vegetarianos.

Uno de los circunstantes gritó:

—¡No dejes que se acerque a tus caballos, Diana! ¡Pueden morir!

Diana puso los brazos en jarras sin dejar de observar a Rogers.

—Ya sé que no hay bicho viviente que resista a estos tipos. Pero no lo pongamos en situación difícil, porque nos soltará un discurso. Eso es lo único que sabe hacer. Vomitar palabras.

—Usted no se queda corta tampoco cuando trata de asustar a la gente —replicó Rogers.

—Hago todo lo que me propongo. En cambio, usted ha ido careando por ahí que obtendría la vacuna y lo único que ha conseguido es que le vuelen el laboratorio con algún mejunje mal hecho.

—El laboratorio se incendió, porque tal vez, un exaltado por sus arengas se sintió valiente. Debiera dedicarse a lo suyo. A trabajar en la cocina y a ocuparse con las cosas de más consonancia con su sexo.

Diana lo miró despreciativamente.

—Yo también tengo un consejo para usted. Líe el fardo y váyase a la ciudad a curar los gatos de casa rica.

Rogers se mordisqueó el labio inferior.

—Si ha terminado con sus sarcasmos continuaré mi camino. Será la última vez que tendrá ocasión de chancearse.

Diana levantó la barbilla despreciativamente, se sentó y tiró de las riendas.

—¡Hasta la vista, sana perros!

La calesa partió y los dos hombres reanudaron su camino. Los que se habían congregado en las aceras empezaron a circular sin apartar la atención de ellos.

—La chica necesita un látigo de varias varas de largo —comentó Bing.

—Está sin domesticar —murmuró Rogers todavía con los dientes apretados. Luego añadió—: Vamos a echar un trago. Lo estoy necesitando.

Entraron en el saloon. Había bullicio. De pronto se fueron apagando las voces y gritos. Se apoyaron en el mostrador y notaron la expectación a sus espaldas.

Se oyó una voz pastosa por efecto del alcohol.

—Propongo que brindemos por los héroes de Bronter City.

Hubo entrechocar de vasos mezclado con carcajadas.

Uno dijo:

—Al veterinario no le queda más remedio que salir con el rabo entre las piernas.

—O tal vez se dedique a la cría, de canarios —respondió otro.

—¿Qué sabes tú, Olsey? —Medió un tercero—. A lo mejor espera que mueran todas las reses y monta un negocio de pieles con su socio Bing.

Éste miró de reojo y se revolvió rabiosamente.

Rogers lo contuvo. Aquél rogó:

—Déjeme, señor Rogers. Les haré tragar sus palabras.

—Beba y no haga caso —aconsejó el joven.

—Sí, bebe, Bing —sonrió el que servía—. Es lo único que vais a poder hacer si a alguien se le hinchan las narices y os tantean las muelas.

Evans lo atrapó por la pechera.

—¿Tú también, Buddy? —Gruñó—. Te aconsejo que tengas quieta la lengua.

En aquel momento irrumpió en el local un nutrido grupo que acaparó la atención de todos.

Al frente iba John Nelson con una cadena de oro pendulando en el chaleco. Al ver a Rogers sonrió aviesamente. Le seguía un individuo en mangas de camisa con un «Colt» a cada flanco. Tenía el mentón cuadrado y bordearía los treinta y cinco años. La boca se le curvaba duramente bajo un bigote que le daba aspecto de mexicano. Su indumentaria, aunque rústica, era de buen precio.

El resto de la comitiva parecía cortada por el mismo patrón. Cinco buitres con la artillería colgando.

Nelson habló a su acompañante.

—¿Qué va a ser, Channing? ¿Huesos o póquer de cartas?

—Lo que, quieras. Estoy de buen humor para todo.

Al pasar junto a Rogers se pararon.

—Hola —dijo Nelson—. Me alegro de encontrarle. Le deseo un feliz viaje de regreso.

Channing sonrió a su socio.

—¿Lo adivino?

—Sí, es el veterinario.

Rogers examinó a los dos hombres cuyos rostros expresaban satisfacción y dijo:

—Mucho gusto.

—Yo también quiero unirme al deseo de Nelson —repuso Channing sin perder la sonrisa—. Por lo menos ha levantado el ánimo de los ganaderos.

—Sí, ha hecho mucho por nosotros —corroboró Nelson intencionadamente.

—Me alegro de haber sido útil en algo —dijo Rogers—. No olvidaré nunca está emocionante despedida.

—Espero que en la ciudad le vayan las cosas mejor —Nelson volvió la cabeza hacia el socio—. Bueno, Channing, vamos a lo nuestro.

Nelson y Channing caminaron en dirección a las mesas de juego.

Cuatro hombres de los que componían el séquito de los ganaderos, quedaron cerca de Rogers y Evans.

Éstos volvieron a sus vasos y paladearon en silencio el contenido.

Channing escupió una orden mientras manejaba las cartas. Seis chicas empezaron a contorsionarse sobre un tablado al son de un piano.

De vez en cuando de la mesa de los ganaderos brotaban carcajadas.

Inmediatamente los ojos observaban a los dos hombres acodados en el mostrador.

El veterinario y su ayudante fingían no darse cuenta.

—Voy a tener que salir de aquí —rezongó Evans—. No puedo soportar a esos dos presuntuosos.

—Conviene que nos vean desanimados —dijo Rogers en voz baja —. Recuerde que esta noche tenemos que hacerles una visita.

—Sí; y tendremos que andarnos con cuidado. La escolta que llevan es capaz de peinarnos a tiros si nos descubren.

—Todo saldrá bien, Evans. Nuestro trabajo consiste en simular que estamos derrotados.

En el escenario apareció una rubia que gangueó una letrilla.

Las chicas la dejaron sola y bajaron por ambos lados del escenario llevando en sus manos unos globos azulados.

Se mezclaron con la clientela y soltaron los globos que se elevaron hacia el techo.

Uno de los del grupo de Channing se levantó para cambiar una

botella.

Al pasar junto a Rogers lo miró de arriba abajo.

Luego se dirigió a sus compañeros:

—No me lo acabo de creer.

—¿Qué, Bronco? —se interesó uno de ellos.

—Que este tipo diera cuenta de Lake.

—Pregúntaselo a él —opinó otro.

Bronco examinó al joven con descaro. Sus facciones estaban retorcidas en una mueca de sorna.

Rogers le lanzó una ojeada, pero no dijo nada.

El otro volvió a la carga.

—¿Sabéis lo que opino de este tipo? Que se le disparó el «Colt» y mató a Lake de casualidad.

Bing dio un codazo a su jefe.

—Vámonos, señor Rogers —runruneó en voz baja—. Éstos son individuos de cuidado…

—No pienso moverme.

—Nos están provocando porque saben que tienen a todo el ejército —gruñó Evans corroído por la rabia.

—¡Eh! ¿Qué estás cuchicheando? —Bronco se cruzó de brazos en actitud desafiante—. Cuando hablo, lo hago en voz alta. Eso son buenos modales.

—Nadie se mete con usted —dijo Rogers.

Bronco rió fuerte.

—¿Habéis oído, muchachos? No quieren hacer migas con nadie. Se ve que les ha escocido que les quemaran el laboratorio —se encaró con el joven—. Bueno, nosotros no tenemos la culpa.

David hizo caso omiso. Esto enfureció al rufián.

—¿Es que te has quedado sordo? Pues atiende. No me agrada que nadie se haga el distraído cuando yo hablo.

Rogers lo miró oblicuamente.

—Haga el favor de dejarnos tranquilos.

El hombre volvió a reír.

—¿Os habéis fijado? Aún es capaz de hacer el gallito —quedó repentinamente serio—. No me gusta que me hablen de ese modo.

—Ni a mí tampoco —dijo David—. No estoy para conversaciones.

—Pues me vas a tener que escuchar —insistió Bronco—. Para mí

Toddy y Lake no eran más que un par de fanfarrones. Creo que conmigo no te hubieras atrevido a nada.

—No quiero discutir eso ahora.

—Yo sí. Y me gustaría que hiciéramos una prueba con los revólveres. No creo que seas tan rápido en «sacar».

—Me tienen sin cuidado sus opiniones —replicó el joven.

Las conversaciones se fueron apagando. Al fondo se oyó la voz de Nelson que decía tranquilamente:

—Dame otra carta, Channing.

Se la sirvieron y su sonrisa se ensanchó al obtener una buena combinación.

—Estoy seguro de que le tiemblan las piernas —dijo Bronco.

Rogers lo miró de frente.

—Lárguese. No tengo ganas de jaleos.

El truhán entrecerró los párpados y dijo a sus amigos:

—¿Lo estáis viendo? Ya decía yo que está muerto de miedo.

—Déjalo, Bronco —aconsejó uno—. Está claro que a estos tipos se les escurría el valor pantorrillas abajo en cuanto se encuentran con un hombre de verdad.

Bing Evans tiró del brazo de su jefe en dirección a la salida.

Rogers se desasió. La cuadrilla de Channing permanecía atenta. Nelson se cubrió la boca para bostezar.

Bronco avanzó unos pasos hacia Rogers.

—Vamos, saca el revólver.

—No voy a sacar nada.

—Te estoy concediendo ventajas. No te puedes quejar.

—No quiero tomarlas. Le he dicho que se largue.

Bronco escanció en un vaso con toda lentitud y dio un sorbo. El resto lo proyectó a la cara de David Rogers.

—¿Y ahora?

El silencio se hizo tangible.

La rubia terminó su número, pero nadie pareció apercibirse. El que servía en el mostrador pasaba un paño sin mirar lo que hacía. Nelson cortaba un mazo de cartas. Evans tenía la boca abierta.

Rogers por toda respuesta se limitó a mirarse las puntas de las botas.

Bronco fue retrocediendo. Su boca se deformaba en una torva sonrisa. En sus ojos se leía el deseo de matar.

Rogers siguió inmóvil. Su verdugo quedó con las piernas abiertas en tijera.

—Tendré que matarte como a un perro —decidió.

Su mano derecha bajó peligrosamente.

Una de las chicas soltó un grito.

Esto desvió un momento la atención de Bronco.

La joven conservaba todavía uno de los globos azules. Sus pupilas estaban dilatadas por el temor.

Una idea iluminó el estrecho cerebro de Bronco. Su rostro la acusó.

—Te doy una oportunidad para defenderte, mata gatos —declaró—. Cuando la chica haga estallar el globo con un alfiler será la señal. No tengo estómago para tirar contra un tipo que se niega a defenderse.

—Lo dudo —repuso Rogers—. Eres un cerdo de la peor especie.

—Ya te destapas, ¿eh? Guarda el gusto para el gatillo. —Por un costado de la boca escupió—: Vamos, nena, revienta el globo.

La joven recogió mecánicamente el hilo. El globo azul quedó a la altura de su cabeza. Bajo el espeso maquillaje había palidez de muerte.

Rogers sonrió melancólicamente.

—Es un detalle de buen gusto. El chasquido del globo será lo último que oigas.

—Fanfarronadas de agonizante —rió Bronco—. Vas a morir y el miedo te estrangula.

—Siento marcharme de Bronter City matando animales en vez de curarlos.

Los dientes de Bronco rechinaron.

—¿Es que no vas a pinchar el globo, estúpida?

Ella miró desolada a Rogers. Sus labios temblaron. Rogers concedió:

—Puede hacerlo, señorita.

—Ya lo has oído. Este bastardo está de acuerdo. Date prisa o te pesará.

La joven se palpó el escote. Brilló el esmalte de sus uñas. Cogió un broche y despasó el alfiler.

Acercó la mano al globo.

Los dos hombres eran dos estatuas de cera con los brazos

arqueados.

Bing Evans sudaba copiosamente.

Nelson encendió un cigarro. Channing sonreía. El tiempo pareció detenerse. Las manos de los contrincantes estaban cerca de las culatas.

El globo estalló.

Dos revólveres brotaron fuego y plomo al mismo tiempo.

El proyectil entró por la boca de Bronco y salió por el cogote. Disparó contra el suelo, por reflejo, y se desplomó ruidosamente. Se oyó un estertor. Silencio.

Rogers dejó que el revólver humeara, y sus ojos se movieron aprisa para dominar el escenario.

Los rostros estaban petrificados.

Bing Evans tragaba saliva esperando que el resto de la cuadrilla reaccionara.

Ninguno osó moverse. En las caras de Nelson y Channing había una sombra de contrariedad.

El veterinario enfundó el arma. Volvió las espaldas a Nelson y Channing e invitó a Bing:

—¿Viene conmigo, Evans?

Éste movió la cabeza repetidas veces. No salía de su asombro.

Los dos hombres se dirigieron hacia las batientes, Bing, empero, volvió la vista un par de veces con cierto recelo.

Dale Wagner estaba en el umbral. Salió tras el veterinario y su ayudante.

—Me alegro de que les haya dado esa lección —dijo el ranchero cuando hubieron andado unos pasos.

Rogers miraba al frente cuando respondió:

—Su futuro yerno parecía pasarlo bien. No hizo nada por evitarlo.

—En realidad esos hombres son los que maneja Channing. Él tiene la culpa de lo que ha pasado. Nunca me ha gustado ese sujeto.

Rogers se ajustó el cinturón.

—Hay una porción de cosas que no comprendo.

—La gente se le está poniendo difícil —comentó Wagner—. Siento lo del laboratorio.

—Han sabido ser oportunos. La vacuna estaba a punto de conseguirse.

Wagner asintió.

—Le creo, Rogers. Sabía que usted iba a dar esta vez en el clavo. No se preocupe mucho. Vuelva a la carga y triunfará. Yo estoy dispuesto a ayudarlo en todo lo que pueda.

Los tres hombres se habían detenido.

—Gracias, señor Wagner —dijo David—. No le necesito por ahora. Aún no sé exactamente qué decisión tomaré.

El rostro del anciano se vio surcado por unas arrugas de preocupación.

—Creo que lo comprendo, Rogers. Debe velar por su seguridad personal. El ambiente le es cada vez más hostil. Si se va lo sentiré porque estoy seguro de que vale.

—Ya le comunicaré mi decisión.

—Puede venir a mi casa esta noche y me dice lo que ha pensado. Voy a dar una fiesta a mis vecinos para anunciar la próxima boda de mi hija Diana.

—Un buen acontecimiento —comentó David sin entusiasmo—. Ya comprenderá que no estoy para bailes.

—Lo sé. Pero si viene probará un buen *whisky* que he reservado para esta ocasión.

Rogers titubeó un momento. Al fin, dijo:

—De acuerdo. Espéreme esta noche.

—Venga usted también, Evans —dijo Wagner separándose.

Cuando estuvieron solos, Bing exclamó:

—¿Es que no vamos a ir esta noche a lo de Nelson y Channing?

—Esta fiesta va a venirnos muy bien.

—¿Por qué?

—¿No se da cuenta, Evans? Esta noche acudirá a casa de Wagner todo el rancho Nelson en una pieza. Es la fiesta de compromiso del patrón. Toda la escolta estará emborrachándose de lo lindo. Es nuestra oportunidad, Evans.

—¡Demonios, no se me había ocurrido!

Roger siguió exponiendo el plan.

—Estaremos en casa de Wagner el tiempo necesario para ser vistos. En el momento oportuno, saldremos, y haremos el trabajo. Luego podemos regresar para despistar.

CAPÍTULO IX

David Roger y Bing Evans descendieron de sus caballos en la puerta de la casa de Dale Wagner.

Mientras ataban las bridas al poste se dieron cuenta de que eran observados recelosamente por un grupo de *cowboys*.

—No parece que está el horno para bollos —dijo Bing.

Roger le habló por la comisura de la boca.

—Le recuerdo una cosa, Evans. Hemos venido aquí para cubrimos. Nada de jaleos.

Evans emitió un gruñido de conformidad.

Subieron al porche y Dale Wagner les salió al encuentro.

—Bienvenidos a mi casa —dijo el ranchero mientras cambiaba un apretón de manos con sus visitantes—. Celebro que hayan venido. Perdonen que no éste, conmigo mi hija Diana. Ha extraviado un pendiente y está en su habitación buscándolo. Diviértanse mucho. Ya nos veremos dentro.

Rogers y Evans penetraron en el salón, donde ya había mucha gente. Una orquesta integrada por cinco músicos, interpretaban un vals, pero nadie se atrevía a bailar.

Rogers echó una ojeada a cuatro muchachas que hablaban de sus cosas y reían fuerte en la puerta. Las cuatro eran bellas y de cuerpos hermosos.

—No está mal el género —murmuró.

Evans tenía la mirada fija en una mesa, donde un hombre estaba sirviéndose un vaso de ponche de una gran fuente. Tragó saliva y dijo:

—Se me hace la boca agua.

Rogers lo miró ceñudo.

—¿No le da vergüenza? Puede ser el padre de todas ellas.

Evans fue a replicar, pero se arrepintió y dejó las cosas como estaban.

Entonces Rogers se echó a reír y dijo:

—Ya sé a qué se refiere, Evans, pero creo que esta noche no es la más apropiada para que se ponga como una esponja.

—¿Una esponja? Sólo pensaba beber un vaso y no es por nada, sino porque el doctor Masón me dijo una vez que el ponche tiene virtudes curativas y usted sabe que no ando muy bien del riñón.

—¿Un solo vaso?

Bing Evans levantó una mano como si se encontrase ante un tribunal y dijo:

—Lo prometo.

—Creo que yo también lo probaré.

Se acercaron a la mesa y Bing Evans, muy entusiasmado, llenó dos vasos de ponche.

El viejo paladeó un trago y opinó:

—Lo encuentro un poco flojo.

Rogers bebió también e hizo una mueca.

—¿Flojo?… ¿Virtudes curativas? ¡Por todos los infiernos! ¡Sería incapaz de recetar esto a una res!

En aquel instante vio a Diana Wagner que descendía por una escalera y se quedó sorprendido. Parecía realmente una diosa con su vestido rojo que contorneaba su cuerpo haciendo resaltar sus encantadoras curvas.

En el mismo instante entró por la puerta John Nelson, quien iba acompañado por Channing.

Nelson dio una palmada al pistolero y salió al encuentro de su prometida. La joven se había inmovilizado al pie de la escalera, porque sus ojos se habían fijado en los de Rogers.

Ambos permanecieron inmóviles durante un instante y por último Rogers hizo una ligera inclinación de cabeza, a la cual contestó Diana con un gesto de soberana altivez, levantando la barbilla.

—La potranca es rebelde —murmuró Bing Evans con una risita.

—Sí, creo que lo es —convino David.

—Y apuesto que usted sería el mejor domador.

—¿Yo?

—Después de todo, ¿no es usted entendido en animales?

—¡Bing! —exclamó Rogers en tono de reconvención—. Ese ponche empezó a subírsele a la cabeza.

—Para eso necesito cuatro como éste.

Nelson y Diana iniciaron el baile y poco a poco los hombres se decidieron a acercarse a las damas.

Channing se aproximó a la mesa donde descansaba la ponchera y mientras se servía un vaso dijo sin mirar a Rogers:

—¿Todavía aquí, veterinario? Lo creía a muchas millas de distancia.

David le contestó sin mirarlo también.

—No me quise perder la fiesta.

—Es usted demasiado temerario.

—¿Sí?

—Debe saber mejor que nadie que los ánimos están soliviantados. Su actuación no ha sido muy brillante. Hasta ahora sólo ha hecho que gastar los fondos de la Asociación Ganadera sin ningún resultado. Eso la gente lo tiene muy en cuenta.

—¿Usted también, Channing?

El pistolero bebió un trago y dijo:

—Suponga que sí.

—¿Por qué, Channing? Usted y Nelson están haciendo el más grande de los negocios. Antes de venir aquí he solicitado una ampliación de informes al secretario de la Asociación Ganadera. Me ha dicho que ustedes están vendiendo el ganado con un cincuenta por ciento de beneficios con respecto a las ventas de hace seis meses.

—Es lógico. Se trata de la ley de la oferta y la demanda. ¿La conoce, Rogers?

—No sabía que fuese usted un comerciante tan enterado, Channing. Creí que su especialidad era otra.

Channing soltó una carcajada.

—Hay cosas que se aprenden enseguida, veterinario —repuso con los ojos entrecerrados—. Los mataderos necesitan carne y nosotros se la proporcionamos. Naturalmente, teniendo en cuenta la escasez, estamos en nuestro derecho si solicitamos una pequeña prima sobre el precio normal.

Rogers sacudió la cabeza.

—Sería muy lamentable para ustedes que estas circunstancias

desapareciesen y todos los ganaderos concurriesen al mercado.

Hubo un tenso silencio y luego Channing preguntó:

—¿Qué más, Rogers?

—El resto se lo diré en otro momento.

—Le voy a dar un consejo… Coja su valija y márchese cuanto antes.

—He recibido unos cuantos consejos de esa índole desde que llegué aquí.

—Éste es el más serio de cuantos ha oído. Recuérdelo, es por su bien, Rogers.

Channing dio media vuelta y se alejó.

Bing Evans lanzó un bufido.

—¡Maldita sea!… ¡Estoy por sacar el revólver!

David lo contuvo cogiéndole la muñeca.

—Guarde su impulso para el momento oportuno.

—¿Cree que va a llegar?

—Dependerá del resultado de nuestra investigación en el rancho de Nelson.

En aquel instante la orquesta interrumpió la pieza que interpretaba y un hombre de cara simpática subió al tablado y levantó los brazos solicitando silencio. Cuando lo hubo conseguido anunció:

—Amigos todos… Creo que no estará de más que hagamos unos cuantos jueguecitos para animar la fiesta. Veo demasiados rostros preocupados por aquí y ya es hora de que se desfrunzan los ceños y de que reine la alegría entre todos nosotros echando al olvido nuestros pequeños problemas… En fin, de cuentas no van a empeorar porque los arrinconemos durante unos minutos. Hubo un murmullo de aprobación entre los invitados.

—Bien, señoras y caballeros —prosiguió el hombre que se había erigido en animador de la fiesta. Se metió una mano en el bolsillo y sacó un montón de papelitos que exhibió en alto—. Amigos, el juego consiste en lo siguiente: como podréis observar, aquí hay unos papelitos de distinto color. La mitad son amarillos y la otra mitad rojos. Cada papel amarillo contiene el comienzo de un refrán, que tiene su complemento o su terminación en un papelito rojo. Ahora los voy a repartir entre todos vosotros. A los hombres les daré los amarillos y a nuestras jóvenes y hermosas muchachas los

rojos… El negocio consiste en que cada uno busque el resto del refrán y la mujer que le de la solución será su pareja para el baile.

Algunas muchachas acogieron con risas la propuesta.

El maestro de ceremonias bajó del tablado y comenzó a hacer el reparto que había anunciado.

Rogers se volvió de espaldas no queriendo participar en el juego, pero al poco rato lo tocaron en el hombro y se volvió.

Delante de él estaba el individuo de cara simpática.

—Coja el que quiera —dijo alargando la mano en la que mostraba varios papeles amarillos.

Rogers negó con la cabeza y el otro le atajo sonriente:

—¿Qué es lo que le pasa? No veo que sea cojo y apuesto a que sus músculos necesitan un poco de ejercicio. Le vendrá bien bailar.

David todavía titubeó unos instantes, pero finalmente alargó la diestra y tomó un papel.

Levó su contenido: «Quien mal empieza…»

Bing Evans, a su lado soltó una risita.

—Parece que todo está en contra de usted, señor Rogers. Si no creyese en las cosas casuales diría que le están entregado su refrán intencionadamente.

—Fui yo el que escogió —Rogers ladeó la cabeza y vio a Evans con un vaso que estaba lleno de ponche hasta la mitad—. ¿Qué es eso? Prometió que sólo bebería uno.

—Es el mismo de antes. Lo estoy bebiendo a pequeñas dosis.

—Señoras y caballeros —chilló en aquel instante el maestro de ceremonias—. Ya pueden lanzarse en busca de su pareja. Antes de un minuto la orquesta comenzó a interpretar un vals. Las parejas que integren el refrán completo deberán bailar obligatoriamente esta pieza.

Inmediatamente se armó un gran alboroto en el salón. Los hombres preguntaban a las jóvenes sobre el contenido de sus papeles rojos.

Rogers se mantuvo inmóvil. Le parecía poco serio dado su posición en la comunidad, el ir de un lado a otro en busca de la mujer que completase su refrán y prefirió esperar un poco a que cesase aquel revuelo.

Los hombres iban encontrando poco a poco su pareja.

De pronto Rogers observó que Diana estaba sola, cerca del

tablado de la música, exhibiendo su correspondiente papel rojo. John Nelson un poco más lejos hacía compañía a una joven. Así pues, la hija de Wagner también esperaba al hombre que le hubiese deparado el destino para danzar aquel vals.

Transcurrió el minuto que se había concedido de plazo para que los músicos comenzasen la interpretación de la pieza.

Todas las parejas estaban formadas, a excepción de una.

Diana Wagner y David Rogers se miraron y entonces él, tras humedecerse los labios con la lengua caminó hacia ella.

—Buenas noches, señorita Wagner —dijo al llegar a su lado.

—Buenas noches —replicó ella con voz seca.

—Me temo que el azar nos ha vuelto a unir.

Los ojos de la joven chispearon.

—¿Dice usted que teme…?

—Bueno, quizá no haya estado muy acertado en la elección de mis palabras. ¿Qué le parece si hacemos la comprobación? —Esperó unos segundos y cuando ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza añadió:

«Quien mal empieza…»

—… «Mal acaba» —se apresuró, a terminar Diana.

Rogers inspiró profundamente.

—No hay duda, señorita Wagner.

—Desde luego no pudo estar más acertado en su elección del papelito —pronunció sus últimas palabras con marcado retintín.

—Confieso que es así —la miro con el ceño fruncido—. Si le parece oportuno, podemos pedir al maestro de ceremonias que nos dispense el baile.

—¡No puede hacer eso! —exclamó ella.

—¿Por qué?

—Fueron las reglas del juego y todos las aceptarnos en un principio. Para mí es mucho más violento que para usted este acercamiento entre usted y yo.

—¿Acercamiento?

—Ya sabe a lo que me refiero.

—Oh, sí. Usted quiere decir… —Rogers gesticuló con las manos, aproximándolas una a otra.

—Sí, señor Rogers. Y le ruego que mantenga la distancia debida… Mi prometido está en la fiesta.

La orquesta empezó a interpretar el vals.

—Cuando quiera, señorita Wagner —dijo él.

—Ya estoy dispuesta —repuso ella levantando los brazos para ofrecer el talle.

Rogers alargó su mano derecha conservando la distancia que existía en aquel momento entre ambos y solamente le rozó con los dedos la cintura. Levantó su mano izquierda y cogió la diestra de ella, los brazos muy altos.

Ella puso una cara de asombro, pero el inmediatamente se puso a bailar y ella tuvo que acompañarlo.

Las restantes parejas bailaban con toda normalidad, hombres y mujeres muy próximas, dadas las características del vals.

Los espectadores empezaron a mirar con asombro a la pareja integrada por Diana y Rogers.

La joven coloreó las mejillas dándose cuenta del examen a que era sometida y dijo:

—Somos el blanco de todas las miradas, señor Rogers.

—¿Sí? —preguntó él con la cabeza muy tiesa.

—Estamos haciendo el ridículo.

—No me diga. ¿Por qué?

—Usted parece un muñeco.

—No la comprendo.

—¡Santo Dios!… ¿Es que no se da cuenta? ¡Está demasiado lejos de mí!

—Pero usted me dijo…

—¡No le dije que se fuese a la otra parte del salón!

Acérquese un poco más…

—Oh, perdone. No la había entendido.

David se acercó a ella y la abarcó por la cintura apretándola contra sí. De esa forma la hizo dar tres vertiginosas vueltas y luego ella, con los ojos parpadeantes, asombrada, exclamó:

—¡Señor Rogers!

—¿Qué quiere ahora?

—¡Me está apretando demasiado! No tan próximo por favor.

—Oiga, usted es muy difícil de entender. Primero me dijo que guardase la distancia, luego que estaba demasiado lejos, ahora que le aprieto demasiado.

—¡Un término medio, señor Rogers!

Pero él no le hizo ningún caso. Continuó manteniéndola fuertemente enlazadas, sus caras muy juntas.

Por un instante quedaron mirándose fijamente y de pronto ella dijo:

—¿Por qué es tan testarudo, señor Rogers? Usted no parece mala persona y ha tenido oportunidad para comprender que su presencia no es grata en la comarca.

Él sonrió y repuso:

—¿Y si los testarudos fuesen ustedes, los que no han confiado en mí, los que no creen en las posibilidades de la ciencia para acabar con el problema que se les ha planteado, los que me han negado su colaboración para hacer mis ensayos?

—¿Cree usted que habría valido la pena?

—Eso es algo que no podemos saber. Mi laboratorio ha sido destruido.

Hubo una larga pausa y luego ella apartó la mirada de los ojos de él y dijo:

—Puede empezar otra vez.

—Oh, al fin se ablandó la roca.

Sintió como el cuerpo de ella se estremecía entre sus brazos y los hermosos ojos femeninos volvieron a mirarlo chispeantes de furia.

—¿Yo una roca?

—Debe admitir que ha sido mi más feroz enemiga.

—Habla usted como si ya no lo fuese.

—¿Y lo es?

—¡Naturalmente!

—Entonces, ¿por qué infiernos ha sugerido que yo podría volver a empezar?

—Quiere saberlo, ¿eh?

—¡Sí, quiero saberlo! —replicó Rogers con fiereza.

—¡Pues entérese de una vez! ¡Esta mañana me dio usted lástima!

—Eso sí que es bueno. —David soltó una risita—. De modo que ahora le inspiro lástima.

—Créalo o no, es así —la voz de ella bajó ahora de tono—. Pensé que todos estábamos contra usted y que, al fin y al cabo, vino aquí contratado para realizar una misión. También pensé que usted podría proceder de buena fe.

—¿Sólo eso? ¿Únicamente le ha hecho cambiar esa supuesta

lástima que siente por mí?

—¡Oiga! ¿Qué es lo que está pensando?

—Yo también se lo diré… Soy un hombre y usted una mujer… los dos somos jóvenes… entre nosotros puede haber nacido algo.

—¡Entre usted y yo…! ¡Está loco!

—¿Qué tiene de particular? —Él la apretó un poco más contra sí—. Sabe que es muy bonita… Ha logrado impresionarme cuando bajaba por esa escalera… Le sientan mejor esos trapos de mujer que los pantalones de hombre.

Las mejillas de la joven se encendieron.

—¡No le he pedido su opinión!

—Es gratuita… Y le añadiré algo más. Para mí resulta inconcebible que usted vaya a casarse con un tipejo como Nelson… engreído, jactancioso y sabe Dios qué cosas más.

—¡No tiene ningún derecho a hablarme así! ¡Por lo visto ha olvidado dónde se encuentra!

—No he tenido más remedio que decírselo. Su padre me invitó a la fiesta y también me dijo el motivo de ella. El anuncio de su matrimonio con John Nelson. Usted tenía que recibir un consejo de alguien antes de cometer el error.

El rostro de la joven estaba conturbado.

—¡Por favor, señor Rogers! ¡Cállese!

En aquel momento los músicos acabaron la interpretación del vals. Pero él la continuó teniendo en los brazos y los dos se miraron a la cara como si se encontrasen solos en el salón.

Una voz los volvió a la realidad.

—El vals ya ha terminado.

Era John Nelson y estaba allí muy cerca de los jóvenes observándolos con ojos brillantes de rabia.

Rogers dejó libre a Diana e hizo una reverencia.

—Muchas gracias, señorita Wagner… Recordaré siempre este baile.

Se fue a marchar y de pronto John Nelson alargó la mano y lo retuvo.

—Explíqueme eso, veterinario.

Rogers volvió la cabeza.

—¿A qué se refiere, Nelson?

—A lo de que va a recordar siempre este baile.

—Es algo personal, amigo —sonrió David—, y no acostumbro dar cuenta de mis pensamientos a nadie.

—No… ¿eh?, pues yo le voy a enseñar a vomitar sus ideas.

—¿De qué forma, Nelson?

—¡Arrancándole de cuajo la dentadura! ¡Y va a ser ahora mismo!

La joven soltó una exclamación:

—¡Por favor, John!

—¡Déjelo, señorita Wagner! —murmuró Rogers—. ¿Por qué no ha de desahogarse…? Adelante, Nelson.

Nelson cerró el puño derecho y lo lanzó contra la cara de su antagonista.

Rogers esperaba el golpe y sólo tuvo que ladear la cabeza para evitarlo. Nelson perdió el equilibrio y se vino hacia delante. Entonces Rogers le cazó en la mandíbula con la izquierda. Sonó un terrible restallido y el ranchero voló por los aires y dio con sus espaldas en el suelo.

Algunas mujeres empezaron a gritar.

John Nelson sacudió la cabeza a un lado y otro tratando de rehacerse.

Rogers avanzó sobre él y le esperó con los puños levantados.

De pronto, Channing apareció por el lado derecho de David con un revólver en la mano.

—¡Quieto, Rogers, o te achicharro!

John Nelson se levantó rezumando odio.

—¡Maldito sea, Rogers…! ¡Le voy a hacer pedazos!

—Aquí lo tienes, Nelson —corroboró Channing—. Y apréndase esto, veterinario. Si le descubro la menor intención de replicar a la paliza que le va a dar Nelson lo lleno de agujeros.

Nelson soltó un escupitajo y rió fuerte. Luego se puso a andar hacia Rogers.

—¡No lo hagas! —gritó Diana Wagner.

Nelson se detuvo mirándola.

—¿Qué tienes tú que ver con esto, muchacha? —preguntó.

—¿Es que vas a ser capaz de pegar a un hombre indefenso…? ¿A un hombre que está obligado a quedarse quieto porque le apuntan con un revólver?

Nelson dirigió una mirada calculadora a Rogers y a la muchacha

y finalmente se puso a reír otra vez y dijo:

—Naturalmente que no… ¿Has podido pensar que yo iba a hacer una cosa semejante, pequeña…? Sólo lo hice para meter miedo a nuestro veterinario.

A pesar de las palabras de Nelson, Channing mantuvo el revólver fuera.

Bing Evans, con el cuarto vaso de ponche en la mano, soltó un chasquido con la lengua y dijo:

—Eh, señor Channing, ¿es que no lo ha oído…? Guarde el escupe fuego y ya se divertirá en otro momento con él.

Channing fulminó con la mirada al viejo, pero finalmente hizo girar el «Colt» en su dedo índice y lo enfundó.

Rogers dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta seguido de Bing Evans.

En el vestíbulo fue alcanzado por el padre de Diana.

—Lo siento, señor Rogers, pero yo tampoco hubiese consentido lo que iba a hacer ese Nelson. Mi hija se me adelantó.

—No tiene que preocuparse, señor Wagner. No fue culpa suya.

—En tal caso quédese. Nuestras fiestas tienen lugar muy de tarde en tarde. Por eso, cuando nos decidimos a celebrar alguna la prolongamos hasta primeras horas de la madrugada.

—Sólo voy a dar una vuelta por el exterior. Necesito despejarme un poco. En el salón hace demasiado calor. Estaré de nuevo con ustedes dentro de un rato.

Bing Evans contempló su vaso, se lo alargó a Wagner y dijo:

—Creo que yo también necesito un poco de oxígeno.

Inmediatamente, ante la estupefacción del ranchero que quedó mirando el vaso vacío, se marchó en pos del joven.

CAPÍTULO X

—¿Ha terminado ya, señor Rogers? —preguntó Bing Evans mirando hacia fuera del establo que estaba vigilando.

La voz de David le llegó un poco lejana.

—Sacaré un poco de sangre de este ejemplar y estaré listo.

Aquella parte del rancho estaba destinado a las reses enfermas. Previamente, Rogers había sacado sangre a un par de ejemplares que no estaban contaminados por la enfermedad.

De pronto, el anciano oyó pasos fuera y corrió a esconderse mientras decía:

—Ahí viene alguien, señor Rogers. Tenga cuidado.

Los pasos se hicieron más fuertes y la puerta fue empujada desde fuera y apareció un vaquero que portaba una lámpara. Era muy alto, de recia musculatura y piernas poderosas. Su ceño estaba fruncido como si tuviese alguna sospecha de que algo anormal estaba ocurriendo en el rancho. Indudablemente le debía haber llamado la atención cierto alboroto que minutos antes se había armado en aquella misma nave, cuando Rogers se puso a trabajar, y ahora estaba allí para cerciorarse.

Echó a andar hacia delante y de pronto se detuvo levantando más la lámpara. Corrió la mano izquierda hacia la funda y tiró del revólver.

—¡Eh, usted! ¡Salga de ahí!

Siguió un silencio. El vaquero soltó una risita.

—Le estoy viendo las piernas, amigo. Si no se pone en pie con los brazos en alto, le aseguro como me llamo Luke Norton que le dejo cojo en menos de un segundo.

Bing Evans optó por enderezarse y lo hizo tal como quería Luke Norton, con los brazos en alto, pero su rostro sonreía cuando se

acercó a su capturador, diciendo:

—¡Demonios, cuánto tiempo sin vernos, Luke!

—Sí —dijo el otro un poco asombrado al reconocer al anciano.

—La verdad es que pasaba por aquí y me dije, voy a saludar un momento a mi amigo Luke. Seguro que debe estar aburrido… Bueno, ya sabes que yo soy un buen amigo tuyo.

—¿Qué clase de historia es ésa? ¿Qué haces aquí, Bing?

—¿No te lo acabo de decir?

—¡Maldita sea…! ¿Es que quieres tomarme el pelo, viejo estúpido?

—¿Quién habla de tomarte el pelo…? Te aseguro…

—¡Cállate! —Luke Norton hizo una mueca feroz—. Ahora recuerdo que tú estás con ese tipejo de la ciudad, el veterinario… Apuesto doble contra sencillo a que te ha enviado aquí para hacer alguna cosa… ¡Eso es!

—Estás equivocado, Luke.

—No; no lo estoy… Seguro que te ha encargado que le lleves unas cuantas muestras de sangre de nuestros ejemplares. Es eso, ¿eh?

—No.

—¡Te voy a hacer cantar, Bing!

—Escoges un mal momento, estoy muy mal de voz.

—Muy gracioso, pero a ver si haces un chiste cuando te haya pegado un culatazo en la cara.

—¿Vas a hacer eso conmigo, Luke?

—Ya puedes estar convencido de ello. Aquí tienes la prueba —Luke levantó el revólver por encima de su cabeza para descargarlo sobre el rostro de Bing, cuando de pronto restalló una voz a sus espaldas:

—¡Quieto, Luke, o te parto el espinazo!

El vaquero se quedó inmóvil como una estatua.

Bing Evans se puso a reír y dijo:

—¿Ves, Luke, lo que te pasa por ser un chico malo?

Le quitó el revólver de la mano y se lo puso en el cinturón. Luego se apoderó del farol dejándolo en el suelo.

Rogers se acercó, a Luke y observó su rostro fijamente.

—¿Desde cuándo están estas reses enfermas, Luke?

—No sé —respondió el aludido sin mirar a la caía del que lo

interrogaba.

—¿Qué clase de medicina empleáis para tratar a los animales enfermos?

—No, sé nada —repitió con voz ronca.

Bing Evans hizo chasquear la lengua.

—Eres terco como una mula, ¿eh, muchacho…? Déjemelo un rato por mi cuenta, señor Rogers… Estos tipos de ahora se creen muy duros. Ya ve lo que iba a hacer conmigo, me iba a echar un par de muelas abajo… Yo le enseñaré.

—¿Lo ha oído, Luke? SI no habla por las buenas no tendré más remedio que dejar que Bing Evans demuestre su capacidad.

—Oiga, ¿por qué no hace sus preguntas a Channing o a Nelson? Yo soy un simple empleado.

—Sí —convino Rogers—. Pero apuesto a que está al corriente de todo lo que sucede aquí.

—Éste es un rancho como otro cualquiera. Criamos reses y las vendemos.

—No me diga —dijo David con voz irónica—. Esto es un rancho, ya lo sabemos, pero apuesto a que aquí ocurren cosas que no han sucedido en los demás. Tenéis el índice más bajo de la enfermedad entre vuestros rebaños y ahora me he dado cuenta de que no habéis adoptado ninguna medida especial para evitar la contaminación. Al entrar aquí eché un vistazo a la parte trasera. Hay un montón de estiércol que se ha sacado de aquí y que está al aire libre. Estas reses no han sido tratadas con ninguna medicina. He observado sus ojos. Hay algunas de ellas que llevan hasta seis semanas enfermas.

—Yo no entiendo de eso, señor veterinario.

Hubo una pausa. Rogers se dio cuenta de que Luke estaba cada vez más nervioso.

—No, muchacho —dijo—. Tú sabes perfectamente lo que se está cociendo en esta olla y, para tu tranquilidad, te he de advertir algo importante. Empecé a sospechar algo de esto hace unos cuantos días, concretamente desde que fui informado acerca de la situación general de los ranchos de la comarca. Era curioso que precisamente el rancho que está en manos de dos tipos como Nelson y Channing fuese el menos afectado por la enfermedad y, por tanto, el que en estos momentos está realizando mejores negocios.

—En ese caso, si lo sabe, no necesita preguntarme nada.

—¡Maldita sea! —exclamó Evans—. Déjemelo, señor Rogers.

David observó la lámpara que había en el suelo e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Creo que no nos va a hacer falta por ahora la intervención de Luke, pero voy a hacer una demostración delante de él. Tráigame uno de esos baldes de agua, Evans, pero dese prisa.

El viejo se movió rápidamente y poco después se acercó con un cubo de agua que dejó en el suelo.

—Ya comprendo, le va a meter la cabeza a Luke dentro.

Rogers sonrió.

—No se trata de eso.

Rogers sacó del bolsillo superior de su camisa un pequeño tubo de cristal que estaba lleno de sangre de una de las reses.

Entregó el revólver a Evans para que vigilase al prisionero.

Luego sacó una pequeña cajita metálica del bolsillo trasero del pantalón, dejó el tubo de ensayo en el suelo y abrió la caja donde había unos polvos azules. Echó parte de éstos en el balde.

—Van a observar ahora algo elemental —anunció mostrando en lo alto el tubo—. Si yo estoy acertado en mis sospechas, la sangre, al contacto con esta agua especial se teñirá de verde.

Introdujo el tubo en el balde y luego lo retiró moviendo la mano rápidamente para precipitar la mezcla.

El rojo de la sangre se fue tornando marrón poco a poco y de pronto en la parte inferior empezó a surgir el verde.

—¡Canastos! —exclamó Bing Evans—. ¡Ha acertado!

Rogers miró a Luke, el cual contemplaba el experimento con los labios entreabiertos.

—¿Lo ve, Norton…? No he errado el camino, pero ahora sólo me falta conocer la forma en que ustedes lo han hecho.

—No sé a qué se refiere.

—No vuelva a empezar, Luke.

—Si usted cree que he violado alguna ley, condúzcame al *sheriff*.

—No, muchacho. No lo voy a conducir al *sheriff*. Si he de entregarlo a alguien, será al Fiscal General de Kansas City.

—¿Al Fiscal General de Kansas City? —repitió Luke—. Está fanfarroneando. ¿Qué tengo que ver yo con él?

—Todas las personas que están relacionadas con esto —Rogers levantó esta vez el tubo—. Tendrán que responder por un delito

federal… Ustedes no se han dado cuenta de que las reses no son un patrimonio del Estado de Texas, puesto que son conducidas a otros estados para su sacrificio. Presentaré una denuncia interestatal y entonces no será ningún *sheriff* local, amigo de ustedes, el que haya de intervenir en este caso. Usted será un testigo de excepción, Luke, y me juego mi paga del año a que se las hago pasar moradas… Por lo pronto será acusado de complicidad y, para comenzar, será obsequiado con una hermosa celda en la penitenciaría federal… Allí tendrá usted tiempo para pensar su defensa.

Luke parpadeaba temeroso y en su frente se formaban pequeñas gotas de sudor.

Rogers se puso en pie y dijo:

—No hay nada que hacer con él, Evans. Pensaba darle una oportunidad, pero será mejor que nos lo llevemos.

Bing Evans se pasó la lengua de un lado a otro de la boca y dijo:

—No quisiera estar en el pellejo de Luke. Siempre me pareció un buen muchacho. En fin, él se lo ha buscado.

—¡Andando, Norton! —ordenó David.

—Esperen un momento —titubeó el vaquero—. Quiero hacerle una pregunta, señor Rogers.

—Si no se refiere al caso será mejor que la reserve para hacérsela al fiscal.

—Si yo hablase… ¿Qué clase de ayuda me prestaría?

Rogers se miró las puntas de las botas y dijo:

—Dejaría de ser usted un cómplice y se presentaría como testigo.

—¿En Kansas City?

—Desde luego, en Kansas City.

—¿Podría ser condenado?

—De ninguna forma. Tiene mi palabra. Usted es un vaquero que tuvo que obedecer las órdenes y en el momento oportuno habría prestado su colaboración a la justicia.

Luke tragó saliva.

—Dese prisa —dijo Rogers—. No podemos esperar mucho tiempo.

Luke cerró los ojos y luego los abrió otra vez mordiéndose el labio inferior. Finalmente dijo:

—Está bien; voy a hablar.

—Adelante, Luke.

—Nelson y Channing nos ordenaron que contaminásemos los abrevaderos. Lo hicimos de noche. Naturalmente tuvimos que emplear algunas semanas. Querían dar la impresión de que la enfermedad era contagiosa y que unas reses contaminaban a otras.

—¿Qué es lo que echabais en los pozos, Luke?

—Nos entregaron unas bolsitas de cuero que contenían los polvos… Nos dijeron que los polvos no dejaban rastro en el agua, eran incoloros. Luego Channing y Nelson prepararon unos baldes de agua y enfermaron algunas de nuestras teses. Se rieron mucho porque dijeron que todos los rancheros creerían que sus cabezas también estaban contaminadas, pero que habían tenido tanta suerte.

—¡Por todos los cuernos de Texas! —exclamó Bing Evans—. ¡Es la mayor villanía que he oído en mi vida!

—Serénese, Bing —dijo Rogers pasándose una mano por la barbilla, pensativo—. Tuve indicios de esto cuando empecé a examinar la sangre de las reses de nuestro laboratorio. Esta enfermedad tiene un nombre especial, se llama fiebre pétrea. Ataca a los miembros inferiores de las reses y produce calambres en el resto del cuerpo.

—Una especie de reuma, ¿eh? —dijo Evans.

—Sí, algo parecido —Rogers hizo una pausa—. La enfermedad no es necesariamente mortal. Por ello estoy sospechando que Nelson y Channing están preparando una última jugada, pero tendrán que dejar transcurrir un poco de tiempo para llevarlo a cabo.

—¿Cuál es?

—La de comprar los ranchos de los ganaderos que no hubiesen podido resistir esta situación. Ellos habrían entrado en posesión de las reses enfermas y con haberse limitado a darles a beber agua buena, en un período de veintidós días las hubiesen tenido sanas. Listas para llevarlas al matadero.

Bing Evans encanutó los labios y lanzó un prolongado silbido.

—¡Infiernos! ¡Hubiesen ganado millones! Hay más de treinta ranchos que tienen más del ochenta por ciento de sus reses fuera de combate.

Rogers observó de nuevo a Luke.

—Antes hablaste de que te condujese al *sheriff*. Quieto que me digas la verdad. ¿Está el *sheriff* en combinación con tus patronos?

—No, señor. Estoy seguro de que no. Yo sólo quería que me llevasen a sus oficinas porque a Nelson y a Channing les hubiera sido fácil conseguir que me soltase. El *sheriff* les tiene un poco de miedo.

—Comprendo —Rogers sacudió la cabeza—. Vamos a hacer una cosa, Bing. Acompañarás a Luke a las oficinas del *sheriff*. Allí Luke repetirá la historia que nos acaba de contar.

—¿Acaso no va a venir usted con nosotros? —preguntó Evans con los ojos entrecerrados.

—Yo tengo que hacer en otro sitio.

—Olvide esa locura, señor Rogers. No puede regresar solo al rancho de Wagner.

—Recuerde que lo tengo contratado, Bing. Una de las cláusulas de nuestro acuerdo es que no discutiría mis órdenes.

—Sí, pero…

—Andando, Bing. No podemos entretenernos. Apague ese farol y salgamos de una vez de aquí.

Minutos más tarde los tres hombres montados en sus respectivas sillas abandonaban el rancho de Nelson.

Cuando se encontraron a una prudente distancia detuvieron las cabalgaduras y Rogers se despidió:

—Espéreme en el pueblo, Bing, y procure que Luke tenga toda la protección necesaria.

El anciano lanzó un suspiro, diciendo:

—Lo haré como usted dice, señor Rogers. Buena suerte, creo que la va a necesitar.

—Gracias, Bing.

Seguidamente espoleó su alazán y éste partió como una flecha en dirección al rancho de Dale Wagner.

CAPÍTULO XI

Rogers estaba atando el caballo al poste que había ante la casa de Wagner cuando de pronto oyó pasos a sus espaldas y una voz le ordenó:

—¡Deje las manos donde las tiene, Rogers!

David quedó inmóvil y empezó a volver la cabeza. Tras de él había cuatro hombres que identificó inmediatamente como componentes del grupo que él y Bing Evans habían visto a su llegada al rancho horas antes.

Dos de ellos, precisamente los que estaban en el centro, esgrimían sendas pistolas.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—Lo hemos estado buscando por todas partes —contestó un tipo alto de rostro cadavérico y ojos muy hundidos—. ¿Dónde se ha metido?

—No sabía que en esta comarca un forastero tuviese que dar cuenta de sus citas con una mujer.

—Fue al pueblo, ¿eh?

—¿Existe alguna ley que lo prohíba?

—Muy bien, Rogers. Ahora va a echar a andar delante de nosotros.

—¿En qué dirección?

—Hacia la parte trasera del rancho.

—Sólo falta que me diga ahora para qué.

—Simplemente para que nos escuche una pequeña historia…

—¿Qué le parece si lo dejamos para otro día? El señor Wagner me está esperando.

—¡Camine, Rogers!

David hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y echó a

andar hacia el lugar que le habían señalado. Los vaqueros lo siguieron a corta distancia.

La parte trasera del rancho estaba a oscuras completamente y solamente la luna que aparecía de tarde en tarde entre las nubes, arrojaba un poco de luz al escenario.

—Ya está bien, Rogers —anunció el tipo que hasta entonces había llevado la voz cantante—. Hemos llegado.

Rogers se detuvo y sin volverse miró al suelo y dijo:

—Empieza a contar esa historia.

El otro soltó una carcajada.

—Quizá no le guste.

—Haga la prueba.

—Lo vamos a liquidar, Rogers… Usted ya ha correteado demasiado por aquí. Ha matado usted a unos cuantos de los nuestros y se ha atrevido a pegar a Nelson.

—De acuerdo. Hice todo eso porque me vi obligado a ello, me provocaron.

—¿Espera enterneceros con su verborrea?

—Soy demasiado ingenuo. Pero óigame una cosa. Ustedes son pistoleros de Channing. Tengo una protesta para hacerles. Den media vuelta, cojan sus caballos y lárguense de la región.

Esta vez fueron cuatro las risotadas.

—¿Qué dices a eso,
O'Connel?
—dijo uno de los forajidos.

—El veterinario nos ha resultado un tipo gracioso… ¿Lo habéis oído, muchachos? ¿A que jamás cualquiera de nosotros ha escuchado una oferta mejor…? Acaba de solucionarnos nuestro futuro. Sólo tenemos que coger nuestros caballos y marcharnos de aquí a un trote largo.

El pistolero rió con ganas otra vez.

—Celebro que lo acojan con tan buen humor —dijo Rogers.

—¡Ya ha dejado de decir tonterías! —replicó
O'Connel
—. ¡Póngase otra vez en movimiento…! Le concederemos una distancia de seis pasos para que dedique un recuerdo a su madrecita del alma.

—Gracias,

O'Connel.

—Ya puede empezar.

David impulsó la pierna derecha hacia delante y luego la izquierda, alejándose de los forajidos.

Tres pasos, cuatro…

De súbito Rogers se volvió como una centella y se arrojó al aire, hacia la derecha, al tiempo que desenfundaba.

El «Colt Navy» empezó a crepitar en su diestra. Le replicaron con dos disparos, pero las balas pasaron muy lejos de su cuerpo.

Los forajidos se contorsionaron espasmódicamente al tiempo que recibían en su cuerpo la carga mortífera de plomo.

Se arrugaron, soltaron maldiciones, escupieron sangre y por último se revolcaron por el suelo y quedaron inertes.

Rogers se incorporó y acercó al lugar en que se encontraban los cuatro cadáveres. Oyó ruido de voces y de carreras y poco después llegó ante él Wagner, a la cabeza de un grupo de vaqueros.

—¿Qué ha pasado, señor Rogers? —preguntó el ranchero observando los cadáveres.

—Estos tipos me estaban esperando a la puerta de su casa —explicó el joven—. Me trajeron aquí para ultimarme. Los invité a que me dejasen en paz, pero acogieron mi oferta con risas. No tuve más remedio que defenderme.

Uno de los vaqueros se había agachado sobre los cuerpos sin vida.

—¡Demonios, patrón! —exclamó y se levantó mirando a Rogers —. Estos muchachos pertenecen al equipo de Channing.

—Lo suponía —murmuró Wagner.

Rogers llenó con plomo los compartimientos del revólver que había utilizado y echó a andar hacia la casa.

Wagner lo alcanzó rápidamente, preguntando:

—¿Qué va a hacer, Rogers?

—La Asociación Ganadera me trajo para realizar un trabajo y creo que ya lo he terminado.

—¿Es posible?

—Cuando le dije que me iba a dar una vuelta, me dejé caer por el rancho de Nelson y Channing. Hice un pequeño experimento y salió bien. Luego capturé a uno de los hombres que cuidaban los establos y lo hice cantar. Nelson y Channing provocaron la

enfermedad que padecen sus reses.

—¡No es posible!

—Tan cierto como que usted respira. Esos tipos se prepararon bien el negocio.

—¡Santo cielo! ¿Y qué va a pasar ahora?

—Trataré de convencerles para que se entreguen. El *sheriff* ha de tomarlos bajo su custodia y conducirlos a Kansas City. Usted sabe que allí se encuentra el Fiscal General de delitos interestatales. Presentaré una acusación en toda regla.

Wagner sacó un pañuelo que se pasó por la sudorosa frente.

—Ellos no se entregarán, señor Rogers. Conozco bien a Nelson y a Channing. Antes que eso, preferirán abrirse paso a tiros.

—Bien, es un riesgo que he de correr.

Subieron al pórtico y entonces Rogers se volvió hacia el ranchero.

—¿Ha anunciado ya la boda de su hija con Nelson?

—Estaba a punto de hacerlo…, pero ahora…

—No debe modificar sus planes… Tiene que hacer ese anuncio.

—¿Por qué?

—Nelson y Channing se encontrarán necesariamente en el saloon y probablemente también estarán allí todos sus hombres. No pueden perderse un acontecimiento como ése. Yo trataré de reducirlos.

—Prestaré mi ayuda. Ordenaré a mis muchachos que estén preparados.

—No, Wagner. Ha de olvidar eso. Tiene la casa llena de invitados. Moriría mucha gente inocente. No podemos exponernos a un tiroteo. Es cuenta mía.

—Pero ¿cómo va a hacerlo usted solo?

—Lo intentaré al menos.

—¿Y si fracasa?

—Rece porque así no ocurra… Por bien de ustedes más que mío.

—Lo comprendo, Rogers. Soy viejo y sé que, si usted muere, ninguno de nosotros se atreverá a hacer nada contra esos dos desaprensivos… Siempre he sido un hombre sin voluntad, señor Rogers y me avergüenzo de ello.

Rogers le palmeó sonriente en un brazo.

—Usted es un hombre bueno. Como hay muchos por aquí.

Siempre proceden de buena fe y por ello no pueden imaginar que Nelson y Channing provocasen intencionadamente la enfermedad en sus reses. Son hombres de paz que quieren vivir honradamente trabajando… Eso no es cobardía. Simplemente ha ocurrido que unos buitres han querido aprovecharse de esa supuesta debilidad de carácter.

Wagner dirigió la mirada al suelo y preguntó con voz débil:

—¿Cuándo quiere que anuncie la boda?

—Dentro de unos quince minutos.

—Está bien, así lo haré.

Rogers se alejó del ranchero y poco después penetraba en el salón.

El bullicio era enorme entre los invitados, las parejas bailaban armando un gran alboroto. Nadie podría haber escuchado el tiroteo que minutos antes había tenido lugar en la parte trasera de la casa.

Diana Wagner bailaba con John Nelson, ella muy estirada, seria.

Rogers se había detenido en la puerta del salón y de pronto los ojos de ella lo descubrieron.

Rogers juró para sus adentros que las hermosas pupilas femeninas adquirían un nuevo brillo y ello fue para él un bálsamo confortador.

Ahora Nelson también volvió la cabeza y Rogers observó cómo el ranchero palidecía ostensiblemente.

Rogers dibujó una sonrisa en los labios. Sabía perfectamente que Nelson le debía haber dado por muerto y que, por tanto, el verlo allí vivo tenía que producirle una sorpresa extraordinaria.

Nelson cambió la dirección de su mirada y Rogers la siguió.

Vio a Channing cerca de una mesa bebiendo un vaso de *whisky* y de pronto el jefe de la pandilla de pistoleros se volvió como un rayo y lo observó también a él.

Channing desorbitó unos instantes los ojos y su rostro quedó surcado por una mueca de ferocidad.

David avanzó despaciosamente por un lado de la habitación y, al ver una joven que estaba sentada sola en una silla, le hizo una reverencia y preguntó con voz amable:

—¿Me hace el honor de este baile, señorita?

La joven lo miró gratamente sorprendida e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Rogers la abarcó por la cintura y empezaron a bailar.

En aquel momento vio que Channing salía del salón.

Después de contestar a unas preguntas que sobre su identidad le hizo la joven que había sacado a bailar, Rogers trató de acercarse con su pareja a Diana y Nelson.

Cuando lo hubo conseguido saludó sonriente a la joven y dijo:

—Perdone, señorita Wagner. Quisiera decirle que nuestro refrán no es aplicable a nosotros.

Diana parpadeó mientras Nelson fulminaba con la mirada a Rogers.

—¿Por qué no, señor Rogers? —preguntó la muchacha.

—Lo nuestro empezó bien.

—¿Usted cree?

—Ciertas personas se conocen mejor a través de una disputa que de un mutuo reconocimiento de opiniones.

Nelson proyectó hacia adelante su mandíbula e intervino para decir:

—Ha sobrepasado los límites de mi paciencia, Rogers. Y muy pronto le daré motivos para arrepentirse.

—Me encontrará dispuesto, Nelson.

En aquel instante, la orquesta acabó la interpretación de la pieza.

Dale Wagner subió al tablado.

Se hizo un silencio y entonces el ranchero, visiblemente emocionado, tragó saliva y dijo:

—Amigos míos, ha llegado el momento de anunciaros el motivo por el cual os he reunido esta noche en mi casa.

Rogers y la joven que había sacado a bailar estaban detrás de Nelson y Diana. En aquel momento, ésta volvió ligeramente la cabeza y miró a los ojos de Rogers.

David leyó en ellos algo que le hizo aumentar los latidos de su corazón. Y ahora ya no tuvo absolutamente ninguna duda respecto a lo que debería hacer.

CAPÍTULO XII

Dale Wagner hizo una pausa mientras hinchaba los pulmones. Todos los espectadores estaban pendientes de sus palabras.

Fue a decir algo pero de pronto se interrumpió, como si le costase trabajo articular palabra. Miro a su hija y luego dijo:

—Tengo el honor de participaros el próximo matrimonio de Diana, mi hija —luego sus ojos se detuvieron en la figura de John Nelson y tragó saliva—. Ella se va a casar con el señor Nelson.

Todas las personas que se encontraban en el salón giraron la cabeza hacia el lugar en que se encontraban los jóvenes prometidos.

Rogers observó la puerta.

Channing continuaba sin aparecer y ello le intranquilizó.

Las mujeres corrieron al lado de Diana para felicitarla y algunos hombres se acercaron a John Nelson para estrecharle la mano.

Dale Wagner continuaba en lo alto del tablado y parecía había envejecido varios años en pocos minutos. Sus labios se distendieron en una mueca mientras miraba a Rogers. Éste le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y trató de sonreír para darle ánimos.

Nelson y Diana estaban terminando de recibir las últimas felicitaciones y Rogers pensó que, finalizado el protocolario acto, llegaría el momento en que los novios se besarían. No estaba dispuesto a tolerarlo.

Nelson y Diana se miraron y él la cogió por los brazos para acercársela hacia sí. Entonces, Rogers dio un paso y dijo:

—Enhorabuena, señorita Wagner.

Diana volvió la cabeza, el ceño fruncido, y se mordió el labio inferior.

—¿Por qué no se marcha ya, señor Rogers? —murmuro con voz

quebrada.

Nelson sonrió jactancioso.

—Ya lo ha oído, veterinario. Supongo que no necesitara ninguna otra advertencia.

—De acuerdo, Nelson, me voy a marchar, pero usted va a venir conmigo.

—¿Yo? —Nelson sacudió la cabeza—. Ya comprendo Quiere usted que arreglemos las cuentas ahí fuera.

—Es algo más que eso. Usted y yo vamos a ir juntos a Kansas City y el *sheriff* nos acompañará.

—No se me ha perdido nada en Kansas City.

—Eso es lo que usted cree. Voy a acusarle de algo que usted ha hecho, Nelson.

El ranchero soltó a Diana y se quedó con las manos ligeramente levantadas.

—¿De qué va a acusarme a mí, Rogers?

—Ha cometido un delito interestatal al haber provocado intencionadamente una enfermedad en las reses de esta comarca.

Instantáneamente, el rostro de Nelson palideció.

—No sé de qué me está hablando.

—Usted lo sabe bien. Armó este tinglado en combinación con Channing. Lo único que perseguían era hacerse millonarios a expensas de sus convecinos rancheros.

Diana se llevó una mano a la garganta.

—¡Dime que no es cierto, John!

Nelson se humedeció los labios con la lengua mientras sus ojos llameaban de furia.

—Es una mentira que ha urdido este sucio bastardo… Se ha enamorado de ti y sólo pretende conquistarte… Naturalmente, para ello, ha de quitarme a mí de en medio. Como no lo puede conseguir por las buenas, se le ha ocurrido dejarse caer por tu casa para desacreditarme.

Las personas que los rodeaban habían guardado silencio poco a poco, y ahora, las palabras que se pronunciaban podían ser escuchadas desde cualquier punto del salón.

Diana miró a Rogers.

—Usted… ¿Usted sería capaz de hacer tal cosa, de levantar una calumnia?

—En todo lo que ha dicho Nelson sólo hay una parte de verdad, en lo que se refiere a que yo me he enamorado de usted.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo.

—¿Y lo demás? —inquirió.

—Tenía sospechas de lo que realmente estaba pasando aquí y hace un rato, cuando me marché de la fiesta, las he comprobado, Nelson y Channing son un par de aprovechados, dos delincuentes.

—¡Maldita sea, Rogers…! —rugió Nelson—. ¡No se lo consiento!

—Tendrá que oírlo muchas más veces, Nelson. Ha de acostumbrarse. El Fiscal General querrá hacerle unas cuantas preguntas.

Los dos hombres habían ido levantando la voz poco a poco y los espectadores se fueron retirando dejándolos sotos. Únicamente quedó cerca de ellos Diana Warner.

—¡Por favor! —gritó la joven—. Tienen que calmarse.

Nelson y Rogers se miraron retadoramente y Diana aprovechó la pausa para proseguir:

—Se me ocurre una idea, señor Rogers. ¿Dónde tiene las pruebas?

—Uno de los hombres de Nelson ha confesado. Vendrá también con nosotros a Kansas City.

Nelson hizo rechinar los dientes.

—¡Maldito entrometido! Usted no irá a ninguna parte porque va a quedar para siempre en el cementerio de esta ciudad. No saldrá de aquí vivo. ¡Se lo juro!

—¡John! —exclamó la muchacha asustada.

—Apártate, Diana —dijo Rogers.

—Ya te tutea —rió forzadamente Nelson—. ¿Acaso cree que podrá hacerla su mujer, Rogers?

—Es una pregunta a la que tendrá que contestar solamente ella.

—No sabrá nunca lo que podría responderle, Rogers. Porque usted no estará vivo para decírselo. Lo voy a matar, Rogers. Usted ha presumido mucho de pistola, el otro día en el saloon y cuando mató a aquel hombre frente a su hotel…

—Se le olvida mencionar el duelo que sostuve hace unos minutos con cuatro de sus asesinos.

—Bien, de acuerdo. Pero ahora va tener enfrente a alguien tan rápido como usted… Le voy a hacer un hermoso agujero en la

frente que le servirá de vaciadero a sus ideas. Así se quedará limpio de ellas. Aléjese de mí ocho yardas y tire cuando quiera.

—Muy bien, Nelson.

Rogers empezó a retroceder lentamente.

Los invitados a la fiesta interrumpieron la respiración. Diana Wagner se abrazó a su padre observando a los dos hombres que se enfrentaban.

Detrás de Nelson estaba el tablado. Los músicos se apresuraron a dejar sus instrumentos y saltaron al piso refugiándose en los rincones.

La distancia que separaba a ambos antagonistas fue aumentando y de pronto resonaron unos pasos en la puerta de entrada al salón.

Rogers desvió su mirada y vio entrar a Channing seguido de seis hombres, cuya catadura les hacía fácilmente identificables como pistoleros.

—¿Qué pasa? —preguntó Channing.

Nelson le contestó sin mirarlo:

—Rogers me acaba de comunicar que uno de nuestros hombres le contó una fantástica historia. Tú y yo provocamos la enfermedad en el ganado.

Channing volvió rápidamente la cabeza hacia Rogers, que continuaba andando hacia atrás.

—¿Eso ha dicho el mata gatos?

Rogers se detuvo cuando calculó que había llegado a las ocho yardas y entonces contestó:

—Sí, Channing. Usted y Nelson son un par de vulgares canallas. Ahora tienen la oportunidad de confesar su culpa y someterse al fallo de los tribunales.

—¡Aquí tiene mi respuesta! —gritó Nelson.

Desenfundó como una centella cuando Rogers todavía tenía las manos junto a las fundas y entonces ocurrió lo asombroso.

David no hizo más que agacharse unas pulgadas, el revólver dentro de la funda, impulsó la culata hacia abajo y por la negra boca del cañón salió una llamarada.

Nelson recibió el impacto en el pecho y lanzó un grito porque la fuerza del proyectil lo impulsó hacia atrás. Su revólver cayó al suelo y él se desplomó quedando inerte.

—¡Perro bastardo! —gritó Channing—. ¡Convertidlo en un

colador, muchachos!

Channing y sus seis pistoleros empezaron a desenfundar, mientras tanto, Rogers sacó el revólver de la funda izquierda. Una décima de segundo más tarde, las dos armas que esgrimía saltaron espasmódicamente en sus manos.

Channing recibió dos balazos en el estómago y abrió la boca. Se dobló hacia adelante y vomitó un chorro de sangre.

Los hombres que tenía a su lado se contorsionaron adoptando extrañas actitudes al recibir las descargas de plomo que arrojaban las pistolas de Rogers.

Uno de los forajidos recibió un balazo junto a una ceja y quedó muerto antes de derrumbarse.

Un proyectil penetró en las fosas nasales de otro de los pistoleros y su cabeza estalló manchando de sangre y de una sustancia pardusca el cortinaje cercano.

Un tercer hombre cayó de rodillas llevándose las manos a la garganta atravesada por un balazo y empezó a ahogarse porque a sus pulmones no llegaba ni una brizna de aire.

Los tres restantes forajidos se desplomaron como Nelson, hacia atrás, heridos de muerte.

Rogers estaba rodeado de una barrera de humo y en el salón, las mujeres se desmayaban y lanzaban alaridos.

Sobrevino un gran silencio.

Rogers contempló sus dos inservibles revólveres descargados y los dejó caer en el suelo. Entonces oyó correr por el patio principal e imaginó que serían, refuerzos de Channing y Nelson. No podía pelear con ellos. Estaba sin armas, indefenso.

En ese instante, por la puerta apareció Bing Evans con una pistola en cada mano, gritando:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Al que se mueva lo aso!

Rogers se cubrió el rostro con la mano y sonrió.

Tras Evans hizo su aparición el *sheriff*, el cual venía acompañado de varios hombres portadores de rifles.

El representante de la ley se quedó anonadado contemplando los cadáveres que había en el suelo y se echó el sombrero hacia atrás.

—¡Infiernos! ¿Quién ha hecho todo esto?

Bing Evans se acercó a Rogers, diciendo:

—Ya puede usted apostar su mano derecha a que ha sido Rogers,

sheriff.

El *sheriff* entrecerró los ojos observando a David.

—Por su forma de matar a la gente, usted merecía ser médico en lugar de veterinario.

Bing Wagner tendió una mano a Rogers.

—Es usted todo un hombre —le dijo—. Se ha enfrentado con todos sin temor a la muerte. Creo que los que hemos presenciado esta escena la recordaremos mientras vivamos.

—Carece de importancia —murmuró Rogers.

Una nutrida representación de rancheros estaba hablando con el *sheriff*, el cual los informaba del trabajo que había realizado Rogers.

David vio que Diana echaba a correr y subía por la escalera al piso superior. Evans lo tocó con el codo.

—¿Por qué no sube a consolarla?

—No conozco sus sentimientos hacia mí.

—¿No…? Es usted un hipócrita… Un sexto sentido le dice que la chica también lo quiere. No me irá a decir ahora que tiene vergüenza.

—¿Cree que es el momento más apropiado?

—¡Por todos los demonios, Rogers! Usted no pregunta cuando se las tiene que ventilar con una pandilla de pistoleros y ahora quiere que yo le aconseje sobre lo que debe hacer.

—Está bien. Suponga que le hago a usted una consulta.

—¡Que me maten si le entiendo…! ¡Suba arriba y entre en su habitación!

—¿Y si no me deja entrar?

—¡Eche la puerta abajo!

Rogers sacudió la cabeza.

—Voy allá —dijo como queriéndose dar ánimos.

En aquel instante, los rancheros que habían terminado de hablar con el *sheriff* se acercaron a Rogers.

Un tipo rubio, de nariz aguileña, le tendió la mano embarazadamente y después de cambiar un apretón, dijo:

—Queremos que nos perdone, señor Rogers. Somos los primeros en reconocer que no nos hemos comportado muy bien con usted.

—Era lógico —dijo Rogers—. Los hombres que me precedieron en el cargo no hicieron por ustedes lo que debían.

—Estamos dispuestos a rectificar, y suponemos que eso le

servirá, al menos, de satisfacción.

Rogers les dio las gracias y se dirigió hacia la escalera por la que subió rápidamente.

Al llegar arriba se dio cuenta de que ignoraba la habitación de Diana. Tras escuchar unos instantes, oyó un sollozo que le sirvió para localizarla.

Llegó ante una puerta y no tuvo duda de que tras de ella se encontraba la joven.

Llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Diana.

—Soy yo, señorita Wagner, el mata gatos.

—¡Márchese!

—Necesito hablarle.

—Y yo no quiero escucharlo.

Rogers se mordió el labio inferior y fue a girar para volver otra vez al salón, pero de pronto se acordó de las palabras de Bing Evans.

—Señorita Wagner.

—¿Qué quiere ahora?

—Voy a echar la puerta abajo.

—¡No se atreverá!

—Le concedo un minuto para abrir. ¡Empiezo a contar!

Transcurrieron treinta segundos y el pomo de la puerta giró.

La puerta quedó abierta unos centímetros y Rogers vio por el hueco a Diana, la cual mostraba en los ojos señales inequívocas de haber llorado.

—Bien, ¿qué quiere? —preguntó ella.

—Será mejor que pase y se lo diga dentro.

Él no esperó a oír la respuesta, empujó la puerta y se coló en la habitación cerrando a sus espaldas.

—Diga lo que sea —murmuró la muchacha con vez débil mientras le daba la espalda.

Rogers respiró profundamente.

—Te quiero, Diana —dijo.

Hubo un silencio. Rogers hizo una mueca.

—¿Me has oído, Diana?

—¡Sí! —respondió ella sin volverse.

—Bueno —Rogers intentó sonreír—. ¿Qué contestas?

De pronto, la joven se echó a llorar y él se acercó, a ella asombrado.

—¿Por qué lloras, muchacha? —La hizo girar y se echó en su pecho—. Vamos, vamos —le dijo él besándola en el cabello—. ¿Quieres decir de una vez te ocurre?

Diana dejó de llorar unos instantes y levantó los ojos mirándolo. Luego repuso:

—Estoy pensando que nos tendremos que casar enseguida. ¡Y no hemos sido siquiera novios…! ¡Voy a tener un marido desconocido…! ¿Te das cuenta?

Él se echó a reír y la besó en la boca. Luego, separando sus labios unas pulgadas, dijo:

—Nos conoceremos en cuestión de un par de días.

—¿Tú crees, David? —pregunto ella.

—Hasta la última pulgada —dijo él y la volvió a besar.

Llamaron a la puerta y Rogers volvió la cabeza preguntando:

—¿Qué pasa?

—Soy yo, señor Rogers. Bing Evans.

—¿Qué demonios quiere ahora?

—Traigo tres copas para brindar.

—¿Sabe una cosa, Bing? ¡Se las va a beber las tres! ¡Tiene mi permiso!

Hubo un silencio y, por último, Evans exclamó jovialmente:

—¡A la orden, señor Rogers…!

Rogers y Diana rompieron a reír y, pasado un minuto, cuando quedaron serios, se abrazaron otra vez estrechamente y se besaron.

FIN